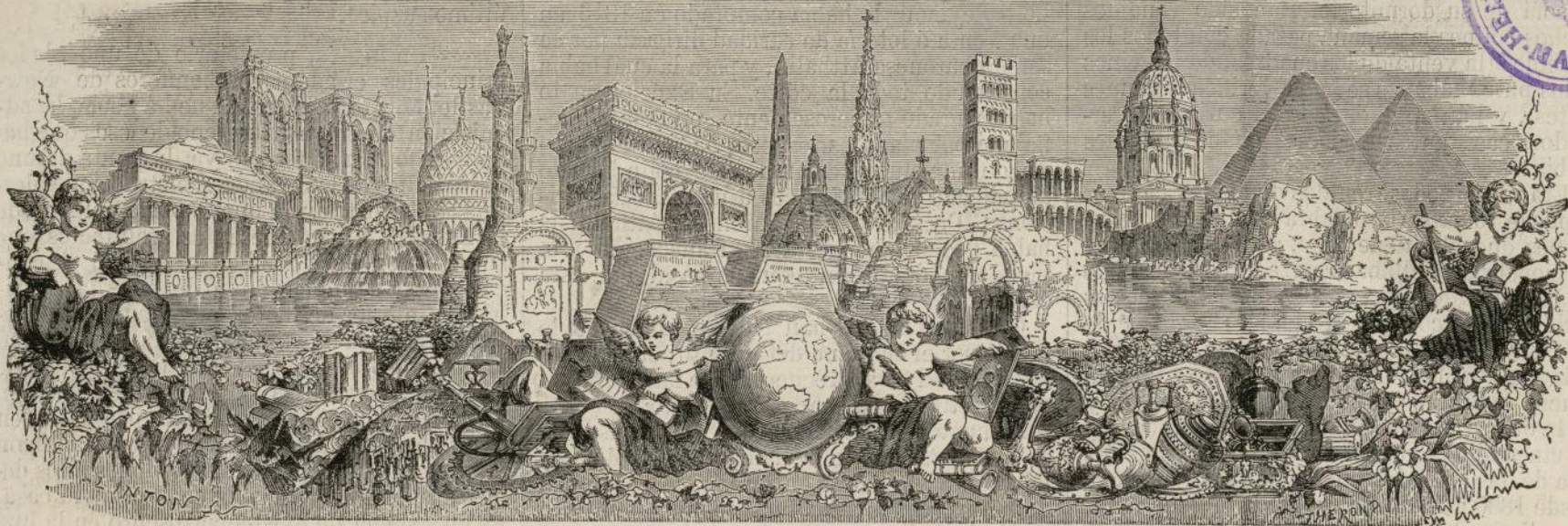


EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N^o 6. — Marzo 13 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ, calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de España y América, á los Sres. A. Laplace y C^a, calle de St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. ... — 55 * (11 ps.). — 30 fr. (6 p. *)

Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

SUMARIO.

TEXTO. — Crónica de Paris, por JULES LECOMTE. — El comendador Constantino de Nigra, por MAC VERNOLL. — Correspondencia. — San-Juan de Moriana, por MAXIME VAUVERT. — Nuevos uniformes de la caballería francesa, por MAC VERNOLL. — Recuerdos literarios, por HYPOLITE LUCAS. — El paso de un vado. — La vic-

toria de Brescia. — Insurreccion el miércoles de Ceniza, por LÉO DE BERNARD. — Crónica de los tribunales, por PETIT JEAN. — Un pobre artista, por JULIO PRÉVEL. — Los wagones de Paris, por LÉO DE BERNARD. — El hidrostático sub-marino, por A. GANDON. — Folletín: *Veladas en casa de la marquesa* (continuación), por PAUL FEVAL. — GRABADOS. — Valle de San-Juan de Moriana, en Savoya. — El comendador Constantino Nigra. — Tipo de un Moro de rey á ca-

ballo. — Arrieros cargando camellos de provisiones para el ejército español. — Entrevista del duque de Tetuan y de Muley-Abbas. — Tertulia ofrecida en obsequio á los enviados de Muley-Abbas. — Nuevos uniformes de la caballería francesa. — El puente improvisado. — La Vénus victoriosa del museo de Brescia. — Insurreccion el miércoles de Ceniza. — Proyecto de un nuevo ómnibus-wagon. — El hidrostático de M. Payerne.



Valle de San-Juan de Moriana, en Savoya, de donde parte el túnel que deberá atravesar el monte Céní

CRONICA DE PARIS.

~~~~~ Las personas que han visitado la exposición del mueblage de lord Seymour han podido notar una docena de cojines de todos colores y de todos dibujos, amontonados sobre el sofá de su dormitorio. Han sido vendidos dichos cojines la semana pasada con todos los muebles (la venta de los cuadros, de los vinos y los puros habanos se había verificado un mes antes), y han suministrado al curioso observador, casi tantos episodios cuantos cojines había!

Eran, casi todos, regalos de manos caras... y puede tomarse la palabra en las dos acepciones que ella tiene. Uno, azul oscuro, cuyo terciopelo se hallaba realzado con flores de lis bordadas de seda con algunas perlas en sus pedúnculos, costaba al noble lord mas de 100,000 francos!... La historia de este cojín exigiria no solamente mucho espacio sino aun mucha indiscrecion, pero carecemos del uno y de la otra. Dirémos solamente que una madre de cinco hijos, que no son ya niños, y que fué una de las beldades que se hallaban en voga desde 1830 á 1840, había bordado este cojín, que ella ha hecho comprar y lo ha rematado en 37 fr. 50 c., no habiéndoselo disputado ningún competidor. Se había informado con ansia si tenía aún las cuatro borlas en forma de aceituna... Qué significaban estas borlas? Contendian algun misterio? M. Charles Pillet, uno de los directores de esta prodigiosa venta, podría tal vez instruirnos sobre el particular; pero M. Ch. Pillet es mudo como el dios Harpocrates cuando se trata de los secretos de su clientela, de suerte que se halla uno reducido á conjeturas.

Dos señoras inglesas que fueron jóvenes y hermosas pero que se hallan hoy probablemente feas, habían enviado á Paris un hombre de su confianza, armado con descripciones exactas y un saco de oro, para apoderarse á todo precio del pequeño cojín verde bordado de felpilla cereza con un escudo sobrepuesto, — y de otro cojín amarillo con palmitas de perlas de Murano. Han sido pagados, uno 65, el otro 25 francos. Las mujeres que los han bordado antaño verán tan marchitos los colores de estos cojines como lo estan hoy sus mismas exbellezas; pero se hallarán ufanas de encontrar de nuevo sus regalos en el ajuar íntimo que lord Seymour tenía diariamente á su vista y bajo sus codos.

Con increíble y muy caro encarnizamiento ha sido disputado un gran cojín, — de tafíete encarnado para el verano de un lado, de terciopelo verde esmeralda del otro para el invierno, — el cual no tenía mas que una pequeña cifra bordada de amarillo (que no era la del dueño), en el cual nadie habría reparado y cuya historia no revelaríamos... Una persona misteriosa, de cuyo sombrero de terciopelo negro caía uno de esos espesos velos de lana que parecen hacer hoy en las mujeres el oficio de la antigua capa masculina, — color de ala de mosca, — asistía á los debates, oculta detrás de los grupos de curiosos que, á falta de espacio en el salón, invadían el comedor. Este objeto se hallaba en aquel momento furiosamente disputado acá, por un hombre de unos cincuenta años, de distinguido talante, de un aspecto que revelaba ser extranjero, cuyos ojos estaban muy animados y suslabios trémulos... — allá, por uno de los comisarios de remates, quien tenía orden evidentemente de no abandonar este cojín de todas estaciones y marcado con tanto enigma. Habiendo partido de 20 francos, había llegado de este modo hasta 200, despues hasta 2,000..., siendo conquistado definitivamente, mediante algunos luses mas, por el adversario del extranjero. Dado el martillazo que indicaba el remate, dejó aquél oír una exclamacion de cólera y decepcion.

« — Qué tiene de extraordinario este cojín rojo y verde? — dijo embozado un cambalachero; — hállese relleno de billetes de banco? » — No, se halla relleno de remordimientos! — murmuró un fisgon.

Otro enfin, — pero éste muy respetable, — era conocido notoriamente como obra de una augusta princesa de la familia de Orleans. Lord Seymour lo había comprado en 1846 en una venta ó lotería de caridad dirigida por la señora baronesa Atthalin, y para la cual había contribuido toda la corte. Su Excelencia lo había pagado generosamente, en 800 fr. Señalado por piadosos respetos hácia la memoria de una ilustre difunta, este cojín ha sido adjudicado en 865 francos á una familia parisiense. Decíase que la baronesa Atthalin le había hecho subir hasta 300 francos, no previendo evidentemente que se pasaria de esta cantidad.

Otros tres cojines han sido retenidos á todo precio por el hermano del difunto, el marqués de Hertford — eran recuerdos de familia. Una actriz retirada del teatro, la señorita X... (naturalmente) había dado orden á M. Boussaton de rescatar el cojín de damasco color de violeta sobre el cual la misma mano que había deshojado tantas rosas durante la vida del lord se había dedicado á bordar azuleas encarnadas, rosas, lilas, de todos los colores risueños.

— Finalmente, un cojincito oblongo, de cuero de Rusia, con reales de tafíete y recamado de oro de estilo oriental, ha sido comprado á peso de oro por cuenta del doctor Veron, en memoria de una excursion que hizo al Rhin, hace unos quince años, con lord Seymour. El diputado del Sena, al visitar el mes pasado la exposición del ajuar que estaba de manifiesto en la habitación que dominaba á aquel *Café de Paris* que fué por mucho tiempo su refugio, desde las seis á las ocho de la noche, reconoció este cojín que había servido al lord en el viaje del Rhin, y dió orden de que se lo compraran á todo precio. El doctor Veron ha adquirido igualmente una parte de la mas hermosa vajilla japonesa de lord Seymour.

Tendríamos que hablar aun del cojín de punto de tapicería, llamado de *Hungria*, multicolor, con cordones y borlas de oro y seda. Conozco la donosa historia de éste...; pero no puedo referirla hoy, es decir, al día siguiente de una venta mortuoria... Llegará su vez mas adelante. Todo bien calculado, quizás no perderéis nada en esperar!

~~~~~ Dejando á un lado los cojines, esta venta ha presentado particularidades curiosas y muy variadas. Se ha leído en todas partes lo que concierne á los vinos (menos buenos de lo que se habría supuesto...), los puros habanos (id., id.), y los cuadros (id., id., id.). Si los vinos de Burdeos se hallaban adulterados, sucedia lo mismo con las aguadas de Bonnington y de Decamps, las cuales habían sufrido mucho por el sol que había devorado sus colores. Las obras mas bellas, entre los cuadros sobre todo, han sido compradas por lord Hertford, y entre otras el Bonnington al óleo: *Enrique III recibiendo al embajador de España*. Pagado en 10,000 francos hace veinte años, este cuadro ha subido hasta 49,400, por el marqués Maison, uno de los opulentos aficionados de Paris. El hermano del difunto lo ha conquistado definitivamente en 49,500, — mas los gastos de venta.

Habían sido muy solicitados dos sillones de cobre amarillo, guarnecidos de terciopelo verde oscuro, muebles de aspecto nuevo, extraño, inglés, de un confortable perfecto, y de origen apreciado. No obstante, los solicitantes habían creído exceder las previsiones fijando en cien escudos el precio de una de estas poltronas. Estas dos poltronas han subido cada una á mas de mil francos, solicitadas por un agente del príncipe Gerónimo, siendo adquiridas definitivamente por el marqués de Hertford. Circulaba el rumor en el salón de que lord Seymour

había muerto en una de ellas. Es falso. Algunas horas antes de espirar, el lord se hizo arrastrar hasta la ventana en otro sillón, igualmente de cobre amarillo, pero cubierto de reps. El moribundo quería dirigir la última mirada sobre este Paris al cual había amado tanto! Pero fué transportado muy pronto á su lecho de damasco verde, y allí fué donde exhaló el último suspiro.

~~~~~ Un Inglés, propietario de uno de los principales criaderos carboníferos de Newcastle, M. Steward, es el que ha hecho la adquisición de un vasto terreno de esos que habrán de formar, ó forman ya, la punta de uno de los radios de las grandes construcciones destinadas á constituir la nueva plaza del Arco de la Estrella. Entre diferentes arquitectos que suscribieron á sus condiciones, abrió él concurso para adjudicar á uno de ellos la distribución interior del hotel, cuya fachada se hallaba sometida de antemano á la uniformidad del plan acordado por el consejo municipal de Paris. M. Steward es soltero: desea vivir en el centro de la ebullición social, pero busca en él un abrigo! Un solo criado se entiende con él, y es el que trasmite sus órdenes á los demás sirvientes y á los proveedores de la casa. Es un sistema de existencia oscuro en la luz, aislado en la muchedumbre, silencioso en el ruido.

No ha mucho tiempo, M. Steward habitaba aun el centro mas vertiginoso de Paris. Durante muchos años hase podido observar, en el ángulo de la plaza Vendôme y de la calle de la Paz, un entresuelo evidentemente ocupado bajo un primer piso vacío. Al ver las doce persianas de aquella magnífica habitación obstinadamente cerradas, en un sitio tan hermoso y tan aristocrático de la capital, preguntábase las jentes cómo es que sólo el vacío pudiera haberse instalado como inquilino en una residencia de príncipes! Es que el entresuelo estaba habitado por M. Steward.

Este entresuelo era de 9,000 francos y el cuarto principal de 22,000, total: 31,000 francos de alquiler. El opulento insular pagaba el todo, á fin de no tener á nadie instalado encima de él, pisoteando, arrastrando muebles, tocando el piano, polkeando, haciendo en fin toda especie de ruido. Pasábase allí los días, sentado á la ventana de un gabinete tan bajo de techo, que era imposible colgar de él una araña. Rodeado de periódicos ingleses, veía á la Europa pasar ante sus vidrieras. Pero el dueño de la casa creyó que su piso principal se deterioraba permaneciendo siempre inhabitado, ó sólo habitado por las ratas y las arañas; y M. Steward recibió la intimación de habitarle. Entonces el Inglés alquiló el segundo, para dejarle también vacío. Mas como esto era recomenzar la tarea, el propietario de la casa le despidió completamente. Su grande hotel de la Plaza de la Estrella se construye, pues, con las condiciones necesarias para satisfacer en él esa curiosa manía del aislamiento.

~~~~~ La señora de S... está furiosa! Iba días pasados en un wagon que la conducía á Strasburgo de paso para una de las ciudades *fashionables* del Rhin, cuando he aquí que, gracias á un incidente de ruta, se halló, gran parte del día, en conversacion muy liada con un joven, de buen porte, de traje y continente reservados. Este caballero agradó bastante á la señora de S..., y como ella, también él iba á Wiesbáden. Hablaron largamente de la condesa J..., que se hallaba precisamente en el mismo tren, en el wagon inmediato, y á quien el caballero conocia perfectamente. — Este es de la alta sociedad! — dijo para sí la señora de S..., y le hizo comprender suficientemente que ella le veria con gusto en sus reuniones. Llegan á Strasburgo; el joven se da prisa á apearse.

La condesa J... aparece con sus hijos, y dice en alta voz:

— Juan! ocúpese usted del equipaje, pues permaneceremos aquí hasta mañana!

Juan... era el caballerito! La señora de S*** cambió al punto de ruta, dirigiéndose hacia Homburgo.

~~~~~ Nos escriben lo que sigue:

« Muy señor mío,

» Debe usted conocer á M. Alphonse Karr.  
» Podría usted decirme porqué aquel señor ha  
» intitulado VIERNES POR LA NOCHE un volumen  
» de novelas que acabo de leer, y en las cua-  
» les este extraño título no se halla justificado  
» de ningún modo? »

Respuesta.

Cuántos títulos, no solamente de libros sino de ciertos hombres, no se hallan mejor justificados que ese!

Pero el gobierno no ha creído útil crear una *comision del sello* para censurar los títulos de libros, como lo ha hecho para los de los hombres. Queda pues impune todo lo que se viste de becerro dorado, tafilete, tela estampada ó simple papel jaspeado, etc. No obstante, en el presente caso, nos es casualmente posible estender la fé de bautismo del mencionado volumen, y hé aquí la esplicacion del enigma; ésta se encontrará en la pequeña anécdota siguiente:

Un día, — hace veintitantos años de esto, — acabábamos de abrazar la carrera de la literatura, y ya M. Alphonse Karr era casi célebre por la publicacion de *Bajo los tilos* (1832), *Una hora demasiado tarde* (1833), y el *Fa sostenido* (1834), — un día, repetimos, — y lo que complica la fecha, es que era un día de carnaval, — entramos en casa de M. Alphonse Karr en la especie de taller en que habitaba entonces, un undécimo piso (según creo), en el fondo del patio del n. 8 de la calle de *Vivienne*. Hallábase triste, lleno de zozobras; los brincos de su perro *Freyschütz* le irritaban en vez de divertirle. Por mas que miraba al cielo, del cual era vecino, al través de los cristales amarillos y violáceos de su ventana, todo le parecia negro.

« — Qué teneis?

» — Preguntadme mas bien lo que no tengo... entonces os responderé: 300 francos que necesito para esta noche! »

Trescientos francos eran en aquel entonces una cantidad respetable para un literato, y tan respetable, que apenas la palpaba!

« — Y para qué son esos 300 francos?

» — Para un billete...

» — Amoroso?

» — Al contrario! un billete (un pagaré) que he hecho. Que no pueda yo hacer tambien con la misma facilidad billetes de banco!

» — Y se ha cumplido el plazo de este billete... circunstancia que no se prevee nunca cuando se le firma!

» — Exactamente como lo decís! Hoy se me ha presentado un hombre armado con este billete; hallábase furioso porque habia tenido que subir tanto é inútilmente! Mañana vendrá el ujier y se pondrá aun mas furioso al subir, no menos alto, me dirá cosas muy picantes, lo que me pondrá colérico y me obligará, si *Freyschütz* no lo devora, á hacerle bajar mas de priesa de lo que haya subido... por allí, por la ventana!

» — Diantre, mas es una moneda peligrosa la que le preparais!

» — No tengo otra!

» — Veamos, busquemos un poco!

» — En mis bolsillos? en mis cajones? nada!

» — No... en nuestra imaginacion!

» — Y notad que estoy tanto mas furioso de hallarme hoy *sin plata* (estas son sus palabras) cuanto que se acerca el carnaval, y he hecho creer á la vendedora de guantes de enfrente que la llevaria al baile *des Varietés*, á lo cual ella ha añadido sin ceremonia una suculenta cena, tan imposible como el baile, y

como el pagar el billete del sastre Schmitz! Ya veis que la perspectiva actual dista mucho de los colores del prisma y del nácar de las perlas! Qué capitalista quisiera prestarme trescientos ó cuatrocientos francos sobre el *Camino mas corto*, novela que estoy imaginando en este momento?

» — Se me ocurre una idea! esta seria justamente el *camino mas corto* para pagar á vuestro Schmitz é ir al baile con la vecinita!

» — Cáspita! sois muy modesto para llamar á eso no mas que una idea! Es un rasgo de ingenio!

» — Vamos, no andemos con chanzas. Habeis publicado aquí y acullá algunas novelas, en la *Revista de Paris*, en la *Europa literaria*, en el *Artista*...

» — Sí...

» — Creéis que todas esas novelas reunidas formarian un tomo?

» — Con grandes márgenes, con los títulos y finales de capítulos, con una dedicatoria, con un prólogo, con los epígrafes y una tabla... sí!

» — Ea bien! vestíos!

» — Para qué?

» — Para ir á ver á Hipólito Souverain!

» — Vuestro editor... y qué mas?

» — Para venderle ese tomo de novelas!

» — Cómo! creéis que se le podría colar.

» — Estoy casi seguro! Le falta vuestro nombre en sus catálogos; creo que se contemplaria muy dichoso de haceros imprimir en su papel amarillo

» — Diantre, si lo creéis así, vamos!

Llegamos á la calle de las Bellas-Artes, en donde vivia Hipólito Souverain, editor en voga á la sazón. Pero era ya tarde, y nuestro hombre habia salido. Se nos dijo que estaba comiendo en una fonda que se nos indicó; corrimos á esta fonda. La esperada providencia se hallaba en efecto sentada á la mesa bajo el aspecto de un hombrecito barbudo y de un tuno. Le espuse el *negocio*...

» — Verémos mas adelante! — dijo.

» — Mas adelante será demasiado tarde, y justamente Karr ha hecho una novela con este título. Es necesario pues que esto se arregle al momento.

» — Cómo, con tanta impetuosidad?

» — Sí, y si el negocio no os conviene, vamos con esta misma impetuosidad á casa de Gosselin...

» — Pero en fin, — exclamó el hábil comerciante, quien era un excelente sugeto luego que habia dejado su indigesta oficina, — no sé exactamente lo que queréis hacerme comprar así, *entre la pera y el queso*!

» — Es muy sencillo! vamos á pedir una hoja de papel y Karr escribirá:

« Cedo en propiedad por cinco años á M. Hipólito Souverain, las novelas intituladas... de tal y cual modo, publicadas... en tales y cuales periódicos, con el derecho facultativo ó absoluto de reunir las y de publicarlas en un tomo, mediante la cantidad de quinientos francos que he recibido al contado... »

» — Tate! tate!... al contado? ni por asomo! en un billete tal vez...

» — Precisamente para pagar un billete se ha decidido Alphonse Karr á consentir... á vivas instancias de mi parte...

» — No pago al contado mas que mis billetes que han cumplido sus plazos!

» — Eso es precisamente lo que yo quisiera hacer tambien! — dijo Karr.

» — Quedo enterado, pero me es imposible...

» — Entonces, pues que eso no os conviene, vamos á ver á Gosselin... á Carlos Gosselin... que ha editado la novela intitulada *Bajo los tilos*, que ha hecho tres ediciones de esta novela y que se alegrará...

» — Pero en fin no tengo aquí los 300 francos!

» — Decimos 500... iremos á buscarlos á casa! — contestó Karr.

» — Diantre! me estrechais demasiado... quisiera ver sin embargo lo que se trata de venderme... leer un poco...

» — Los días de carnestolendas vuelan... no tenemos tiempo de esperar la cuaresma... y luego hay ese diablo de billete... y esa mujer del diablo que quiere ir mañana al baile, despues cenar... Si no queréis concluir el trato, corremos no solamente á casa de Gosselin, sino tambien á casa de Abel Ledoux, quien ha editado el *Fa sostenido*....

» — Pues bien! dejadme tomar el café... y en seguida... decís 400 francos, no es verdad!

» — No, hemos dicho siempre 500!

Media hora despues, nos hallábamos en la calle de las Bellas-Artes, en el pequeño entre-suelo que Federico Soulié, Alfonso Brot, Pablo de Kock, Fulgencio Girard, Emilio Souvestre y otros muchos escritores conocen perfectamente, — por haber confiado mucho en él y quedándose esperando indefinidamente, — y en donde Balzac debia venir á pasar á su vez largas horas de cómica elocuencia para hacer editar todo su *Saint-Aubinage*! Estendióse el contrato.

« — Decimos 450 francos... murmuró Hipólito Souverain.

» — No, 500! Habriamos debido pedirlos 600... y aun 700... pero en fin!

» — Mi billete á tres meses de plazo!

» Mas son las siete de la noche... En dónde diablos encontrar una persona que descuenta esta noche para convertir vuestro papel en metal?

» — En tal caso, mañana...

» En tal caso, vamos á ver á Gosselin... á Ledoux!

» — Sí, vamos! dijo Karr lleno de impaciencia.

Y nos dispusimos á retirarnos.

Al cerrarse la puerta, Souverain murmuró: » — Tal vez habria un medio de arreglar el negocio...

» — Cuál! — exclamámos con voz unisona dando una media vuelta enteramente militar.

» — Seria..., una vez hecho mi billete, de... de... descontarlo yo mismo!

» — Aceptado! — exclamó Karr. — Puff! en fin!! »

Hipólito Souverain hizo su cálculo... Tres meses de interés á 6 por 100 al año, tanto... tanto mas de comision... total, tanto...

« — No cargais tambien en la cuenta vuestra comida? — dijo Karr.

Souverain se sonrió, — pero pagó. De inflexible exactitud en el pago de sus plazos, el que pronto llegó á ser un célebre editor, — despues medio-millonario, — esforzabase en reducir lo mas que le era posible las obligaciones que contraía, porque tenia costumbre de satisfacerlas. Por lo demás, llegó á ganar mil escudos con este pequeño volumen!

Con el dinero por fin en el bolsillo, Karr se dió priesa á salir, por temor de una nueva objeción. Ya nos hallábamos en la escalera; Souverain habia cerrado su puerta... De repente abríola precipitadamente...

« — Ah! Dios mío! — exclamó Karr ocultándose en un oscuro rincon de la escalera, — hagamos que ya nos hallamos en la calle... no chistemos palabra si nos llama! »

Hicimos el muerto.

« — A propósito! — exclamó Souverain, — qué título darémos al tomo?

Karr tranquilizado respondió:

» — El del momento actual: VIERNES POR LA NOCHE! »

JULES LECOMTE.



EL COMENDADOR CONSTANTINO NIGRA.

El comendador Constantino Nigra, á quien el rey Víctor-Manuel acaba de enviar á Francia en calidad de ministro del Piamonte cerca del gabinete de las Tullerías, en reemplazo del caballero Des-Ambrois, es un jóven de treinta y tres años. No obstante la semejanza del nombre, ningun lazo de parentesco le une con el conde Nigra, cuya biografía y retrato dimos en el número 98 de nuestra edición francesa.

La precocidad de sustalientos diplomáticos y su ardiente amor á la causa italiana, le han designado á la eleccion del conde de Cavour para esta mision, asaz difícil de desempeñar en las actuales circunstancias.

En 1848 daba ya el señor Constantino Nigra pruebas de consagrarse enteramente al servicio de su país. Su conducta en la campaña de la independencia italiana, cuando formaba parte del batallón de los estudiantes, le habia señalado ya á la atencion de todos. En aquella campaña fué gravemente herido de un brazo, en la Lombardia, y



El comendador Constantino de Nigra, enviado extraordinario del Piamonte en Francia.  
(Segun las fotografias de MM. Chipella, de Turin, y L. Crette, de Niza.)

hecho prisionero de guerra

Vuelto al Piamonte, despues de la batalla de Novara, concluyó su carrera de leyes y fué empleado en el ministerio de Negocios Estrangeros. Distinguido por el conde de Cavour, trájole este hombre de Estado al Congreso de Paris. Enviado despues á las Conferencias de Zurich, confirmó allí las esperanzas que el ministro de Negocios Estrangeros habia concebido de su capacidad, y supo captarse la confianza del emperador Napoleon III.

El amor á su patria y el talento diplomático, los triunfos ya obtenidos en el Congreso de Paris y en las Conferencias de Zurich, la benevolencia asegurada del emperador de los Franceses, todo en fin designaba al comendador Constantino Nigra á la eleccion inteligente del señor de Cavour.

Estos antecedentes, tan brillantes y tan honrosos, dan al Piamonte la esperanza de que el patriotismo y la esperta habilidad de su representante sabrán ayudar á la solucion de la cuestion italiana.

MAC VERNOLL.



Tipo del soldado de caballería de los moros de rey.



Arrieros cargando los camellos de provisiones para el ejército de Marruecos.





Entrevista del duque de Tetuan y de Muley-Abbas en la ruta de Tánger, según el croquis enviado por el capitán Estéban B...o.



(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Tetuan, 23 de febrero de 1860.

Os envío hoy la descripción de la *tertulia* en que ha recibido el gobernador de Tetuan á la caravana llegada aquí, para recoger las condiciones de paz que el general Ustáriz debía traer de Madrid. He tenido el honor de asistir á esta reunión, y me hago un deber de añadir á mis cróquis algunas impresiones personales, algunos rasgos de pluma que os harán comprender mejor los tipos marroquíes, á los cuales he mirado, como ya os manifesté, hasta la indiscreción.

El lugar-teniente de Muley-Abbas era el hombre influyente de esta reunión; su rostro es noble; habla poco y permanece diplomático, en despecho de la condescendencia y la franqueza de su huésped. El gobernador del Riff me parece el demonio de los malos consejos, el Mefistófeles del campo marroquí; ha llamado al combate á todos sus Riffeños, los ha exaltado, y hoy es el único á quien he visto sonreír de toda esta embajada. Al lado de él, veíase una figura llena de carácter, la encarnación del Mahometano fanático, el subgobernador de Fez. Su cara es casi negra; tiene los labios gruesos y en su pliegue se pinta el desprecio; sus ojos se hallan inyectados; una barba corta, tupida, crespada, cubre casi toda su mejilla y termina en punta bajo la parte inferior de su rostro, al que aquella cubre enteramente. Durante tres horas, sentado sobre los talones, sin aceptar los puros ofrecidos á sus compañeros, ha movido sus ojos blancos y examinado á los asistentes sin que se pudiese arrancarle ni una palabra, ni una señal de adhesión.

El general de caballería es ordinario, pesado, brutal; llegaría fácilmente hasta la familiaridad. Ha conservado su rango durante la velada y se ha escudado en un silencio casi absoluto, aunque habla muy bien el español. Pero cuando se retiró la embajada, fué á llevar un presente al gobernador. Los señores no estaban ya allí. Hemos visto al soldado, en donde buscábamos al hombre político. Nos ha dado preciosos informes sobre la caballería de los Moros. Ha confesado que sus soldados son cobardes y los ha ajado en presencia

de nosotros en términos enérgicos. El Emperador sabe el número de las tribus que tiene bajo su bandera; pero nunca puede saber el número de hombres. Después del combate, cada cual se separa, y algunas veces, únicamente para divertirse, una compañía de ginetes, venidos no se sabe de donde, va á mezclarse con los combatientes. Los ginetes, dice, son veinte mil los días de sueldo y tres mil los días de combate. Esto da lugar á crueles venganzas. Cuatrocientos soldados han sido ejecutados, algunos por la mano de sus gefes, y el ministro, presente en esta reunión, había dado muerte con su propia mano á dos de ellos.

A estos rápidos cróquis, añádase la figura de Ersini el rico. Tiene el aplomo del millonario, la sonrisa del cortesano. Debe hallarse indiferente á todo esto y siempre seguro de encontrar un abrigo para él, sus mujeres y sus hijos. Finalmente, el general Rios, hombre que sería grande administrador si no fuera gran general, lleno de sinceridad y de franqueza, y que suprime de un golpe toda forma ceremoniosa. Le doy gracias en alta voz, por haberme proporcionado la ocasión de tener informes íntimos que muy pocos de nosotros tendrían la dicha de poseer.

En sus explicaciones, no me he fijado mas que en la parte pintoresca, y me he dedicado á retener el nombre de las piezas que componen el equipo original de los soldados marroquíes de á caballo.

Llevan la cabeza cubierta con el *fez*, gorro encarnado de Fez, de forma puntiaguda, que corona una borla azul, un turbante, *za*, de muselina blanca se enrolla en derredor de la frente, recubriendo la parte inferior del *fez*.

Un corsé de lana, llamado *djabad*, envuelve el tronco del cuerpo á raíz de la carne, en tanto que el *serouel*, pantalon mas estrecho que el de nuestros *spahis*, desciende mas abajo, sugeto por un *hazan*, cinturón rojo de lana ó de seda.

La *kamigh*, camisa de anchas mangas que cubre el *djabad*, está recubierta á su vez por el *caftan* de paño encarnado.

El *slam*, capote corto de lana blanca, va apretado al rededor del *caftan*, mientras que el *haik* sirve al marroquí para abrigarse ó para parar los

golpes del sable cuando le deja flotar por detrás.

El calzado de esta caballería se compone de polainas largas de tafete encarnado, *temmag*, que se adaptan al zapato de igual género y color en que va envuelto el pié. En fin, unas espuelas, cuyas largas espigas, sin estrellas, terminan en punta, completan el traje, sujetas entre la polaina y el zapato por medio de una correa.

Esta es la caballería regular á la cual se agrega todo Berberisco que posee un caballo, mas no está obligado á llevar este traje por ordenanza.

C. YRIARTE.

— Extraemos de otra correspondencia estas líneas que acompañan á un cróquis relativo á la guerra de Marruecos:

«Estamos en el momento de las entrevistas y os envío un cróquis de la del general O'Donnell con Muley-Abbas. El duque de Tetuan y el hermano del emperador de Marruecos han llegado al lugar convenido, escoltados, el primero por tres escuadrones de caballería, y el segundo por trescientos caballos.

»Estas escoltas se han quedado á poca distancia, mientras que los dos gefes militares se han aproximado el uno al otro. La conferencia no ha dado resultado alguno y las condiciones propuestas por Isabel II y el consejo de ministros no han podido ser aceptadas por Muley-Abbas. Las bases de las negociaciones, como debeis saber, eran: el pago de una indemnización y el de los gastos hechos, la conservación de Tetuan y franquicias comerciales, mas ó menos latas. Cuando las probabilidades de entenderse se han desvanecido, O'Donnell ha dado la mano cortésmente á Muley-Abbas y le ha presentado todos los generales de su escolta.

»La paz no está próxima á realizarse, y los preparativos para una pronta expedición al interior continúan con actividad. Para llegar hasta Tánger nos es preciso una gran cantidad de acémilas y se embargan diariamente los camellos que se hallan en el territorio conquistado. El arriero se hace conductor de camellos, y carga á la manera árabe en los *saas* las provisiones para el ejército.

## VELADAS EN CASA DE LA MARQUESA

## II

## TRES AVENTURAS.

(Continuación. — Véase nuestro número anterior.)

—Dionisio, me dijo ella por fin, cada uno de nosotros tiene en su vida horas aciagas. El mismo Dios ha sido tentado en la montaña. Quisiera daros una lección provechosa, pues me intereso en vuestra suerte y os aprecio... Pero sois muy jóvenes, hijo mío, para haceros ciertas confidencias... y tal vez no comprenderíais enteramente, en este momento, que una confesión como la que titubeo en haceros cuesta mas... cuesta mil veces mas, Dionisio, que un servicio que consistiera en poner en la mano una parte de mi fortuna...

—Señora..., la dije balbuciente, pues no comprendía el sentido de sus palabras.

Me llamaba solamente la atención su acento solemne y la súbita palidez que había invadido sus mejillas.

—Dionisio, repuso la princesa, abrigais por mí alguna afección?

—Oh! señora!...

—Os enternecería un ejemplo que tomase de mi propia historia?

—Ciertamente, señora... pero qué relación...

—Os digo que cada uno de nosotros tiene horas peligrosas y fatales, me interrumpió bajando la voz, los hombres lo mismo que las mujeres... y no se llega hasta Dios sino bajo la condición de luchar mucho y de sufrir largo tiempo... Creo en

vuestra vocación, Dionisio; ninguna voluntad os ha impelido á la vía en la cual os hallabais ayer y que queréis dejar hoy en un acceso de pueril locura. Jamás os diré: Sed sacerdote, si tenéis la menor objeción que hacer contra el estado eclesiástico, la menor repugnancia real, ó si os queda aun, después de haber reflexionado, la menor vacilación, ó la menor duda; pero sí os diré: Meditad, examinaos á vos mismo. La idea sola de destinaros al sacerdocio os ha hecho contraer un compromiso, y, aunque éste os deje libre ante los hombres y ante Dios, vuestro retroceso será ya una apostasía ante ese juez severo y sutil que se llama la conciencia. Os deseo, Dionisio, que no haya un solo día en vuestra vida en que tengais que huir de vuestra conciencia, y voy á deciros, yo que tengo la edad de vuestra madre, lo que sólo se dice al confesor ó al sacerdote...

Aquí guardó silencio la princesa. No comprendía yo aun. — Pero ya tenía al menos una gratitud llena de emoción por la tarea que se imponía con respecto á mí esta santa mujer, que me era tan superior. Desde mi salida del arzobispado, no habían vibrado en mí mas que las cuerdas malas; ella hacía vibrar las buenas... y yo tenía algunas cuerdas buenas, señoras, pues á partir de aquel momento, he procurado conducirme del mejor modo posible.

—En este mundo, mi querido hijo, prosiguió la princesa con una especie de precipitación y como si hubiera sacudido por la fuerza su última indecisión, nadie se escapa de las consecuencias del pecado original. Todos los estados que un hombre puede abrazar se hallan llenos de turbaciones,

por la suprema razón de que la tierra que habitamos es un lugar de pruebas. Cuando se habla de la calma como privilegio de ciertos sacramentos, cuando se alaba la tranquilidad del sacerdote, de la religiosa ó de la esposa, háblase por comparación solamente, y hácese alusión á las turbulencias inseparables de la vida mundana, á las borrascas necesarias finalmente que agitan á la existencia fuera de regla. La regla es en efecto un escudo; pero una gran distancia separa este escudo de la égida impenetrable que la fábula atribuía á Minerva.

Hay un medio sin embargo para reconstruir la égida mitológica, tal es el colocar detrás de la regla, robusta cubierta, una sustancia mas fiel todavía. Colocad á la conciencia bajo la regla, la regla es de oro; la conciencia es de diamante.

Tenía yo veintidos años, y hacía seis que me hallaba casada. El príncipe tenía apenas dos años mas que yo, por consiguiente, era mucho mas joven. Los hombres han establecido, en efecto, una ley que acorta la juventud de un sexo, mientras que prolonga la del otro, y las mujeres son como el soldado delante del enemigo: sus años se cuentan dobles.

No había yo conocido al mundo antes de casarme: había salido del convento justamente para entrar en la casa de mi marido. No tenía por consiguiente amigas fuera del convento, pero, en cambio, había yo contraído en él una amistad cuyas raíces se hallaban en lo mas profundo de mi corazón. María de Rieux había reemplazado en mí todas las afecciones de familia de las cuales carecía, pues yo era huérfana é hija única. María ocupaba en mí todos esos amores perdidos; ella era



» Su cambio de oficio no ha modificado su carácter, y la verbosidad, los arranques, y el brío de Andalucía no le abandonan hoy en África cuando preside una larga hilera de camellos derrengados, como no le abandona cuando va á la cabeza de una recua de mulas serpenteando al través de las sierras de su país.

» Esperemos y hasta otra. »

#### SAN JUAN DE MORIANA.

El ferro-carril que atraviesa la Savoya ofrece, al penetrar por la garganta de la Moriana, el aspecto mas sorprendente y mas pintoresco. Enclavada en medio de altas montañas que limitan el horizonte por todos lados, la vía férrea disputa el estrecho paso al torrente del Arco, cuyas mugidoras aguas se deslizan, á derecha é izquierda, y forman pantanos en el punto en que se ensancha el valle. La locomotora se detiene hoy cerca de San Juan de Moriana, pequeña y antigua ciudad, de sombrías casas, situada al pie de los mas altos Alpes, y que se convierte en un vasto depósito de tránsito para las mercancías.

Esta pequeña capital posee el monumento de que se ufanan los Savoyanos, y cuyos honores se han apresurado á hacer á los numerosos Franceses que han atravesado su país al volver de Italia: tal es la estatua de bronce erijida al lustre Foderé su compatriota, en la plaza que lleva su nombre.

Foderé fué uno de los médicos mas eminentes de la Francia, que él habia adoptado por patria. Sus numerosas obras son clásicas en medicina, y su principal título al reconocimiento de sus colegas y de los jurisconsultos, es el haber coordinado, el primero, en una obra las relaciones de la medicina con la legislación, bajo el título de *Medicina legal*.

En esta pequeña ciudad es en donde toma el viajero la diligencia ó el trineo para atravesar el monte Cénis y dirigirse á Suza. Los habitantes aprovechan el mas pequeño terreno para cultivar el maíz y el trigo sarracénico, y el paisaje se engalana con los colores de esta vegetación.

En San Juan de Moriana comienza la obra mas gigantesca de nuestra época. Ya Napoleón I habia hecho abrir un camino ancho y seguro al tra-

vés de los precipicios y las inmensas rocas; pero la civilización y el movimiento comercial exigen mas que esto.

El ferro-carril debe atravesar los Alpes!

Para ejecutar este gran proyecto, dos sistemas se hallaban en presencia. Uno, por medio de tramos sucesivos, debia buscar el paso entre dos montañas; pero eran de temerse las nieves y los derumbamientos durante el invierno. El otro preferia atacar francamente la roca y abrir un túnel de doce kilómetros. Este último sistema es el que se está ejecutando. Nunca han sido cavadas las entrañas de la tierra tan profundamente. Se encontrará en todas partes la roca negra y dura? ó bien, minas de hierro ú de cobre? ó bien, algunos lagos interiores?

Hábiles ingenieros dirijen dia y noche, sin cesar, en Modana, de la Savoya, en Bardoneche, en el valle de Suza, á batallones de operarios que, con la pica y por medio de minas, hacen un agujero por cada lado de la montaña.

Créese que cinco ú seis años bastarán para acabar esta obra gigantesca, que pondrá, por decirlo así, á Paris en las puertas de Turin, de Milan y de Venecia.

MAXIME VAUVERT.

#### NUEVOS UNIFORMES DE LA CABALLERÍA.

Como el uniforme de la infantería, cuyo diseño dimos en el n. 1º, el de la caballería acaba de sufrir notables modificaciones.

El grabado que damos hoy bastará al lector, sin necesidad de largas esplicaciones, para comprender sobre qué parte del vestuario y del equipo se han operado las nuevas trasformaciones.

Se quita á los carabineros la desairada casaca de pequeños faldones, en tan poca relacion con la alta talla de los individuos que componen este cuerpo, y se la reemplaza con la levita corta de falda recta, sin pliegues, y cuyo vuelo se recoge y se abrocha tendiendo á imitar el uniforme de las guardias francesas cuando el carabinero monta á caballo.

Los oficiales usan esta levita para diario, en vez de llevar el traje largo de estado mayor.

Los húsares llevarán en adelante el dorman so-

lo, con color distintivo cada uno de los ocho regimientos del arma. El cinturón y el capote quedan suprimidos.

Hé aquí, pues, este gracioso capote destronado. Nosotros no respetamos nada, y el antiguo y curioso origen de este vestido flotante no ha hecho nunca gracia á nuestro espíritu de utilidad. Para hallar este origen, es preciso remontarnos á los tiempos en que los Turcos invadieron á la Hungría. Érase una mañana, y un escuadrón de caballería húngara se estaba vistiendo, cuando un cuerpo numeroso de Musulmanes cayó sobre él de improviso. Los Húngaros no tienen tiempo de meter los brazos en las mangas de sus capotes y la mayor parte de ellos montan á caballo, desenvainan la espada y cargan á los Turcos, dejando flotar el capote del cual no llevaban mas que una manga puesta. Los hijos del Profeta son rechazados por los Húngaros, quienes en recuerdo de esta victoria llevan despues el capote flotando sobre las espaldas. Así, pues, de la Hungría es de donde tomó nuestra caballería lijera esa manera graciosa de llevar sobre el uniforme esta prenda inútil.

El nuevo modo de los húsares consiste en un talpack recto, de piel de Astrakan; y la gorra de cuartel con visera, es sustituida por otra llamada de *fuelle*.

MAC VERNOLL.

#### RECUERDOS LITERARIOS.

##### II

(Estrañas opiniones de ciertas jentes sobre los periodistas.)

Yo no he hecho mas que tocar de lijero la grave cuestion de los sinsabores inherentes á la condicion de periodista, y hay, á fe mía, otros muchos ademas de esos de que he trazado un lijero bosquejo. Desde luego si creéis que se ha podido jamás, en el ejercicio de esta profesion, satisfacer á alguien ó crearse un amigo, estais en un error. Por nas hiperbólico que sea el elogio que os haya inspirado vuestra benevolencia natural, es él todavía muy inferior al mérito que se atribuye la persona ensalzada por vos. Ella no os lo agradece, y si se mezcla por acaso en vuestro lenguaje un átomo de crítica, esta partícula imperceptible á los ojos de los demás, será suficiente

mi felicidad y mi corazón: amábala mil veces mas de lo que una ama á la hija de su propia madre.

En el convento yo era seria, tranquila y algo fria; María, ardorosa y brillante, bella como una hechicera y viva como un diablillo, descontaba ya en su pródiga imaginación todas las felicidades y todos los placeres. Era yo la única que la moderaba en nuestras íntimas conversaciones. La diferencia de nuestro genio se simbolizaba en los nombres que nos habíamos dado mutuamente: ella me llamaba la Carmelita, y yo la denominaba para divertirme la señora Princesa.

Vino á visitarla una vez una parienta suya. Permanecieron juntas mucho tiempo en el locutorio. Cuando vi á María tenia en los ojos profundas huellas de un amargo llanto. No teníamos secretos una para otra, preguntéla lo que le pasaba, ella guardó silencio y sus ojos volvieron á empaparse en lágrimas. Despues, con una sonrisa tan triste que me oprimió el corazón, dijo:

— Si fueras tú la princesa y yo la carmelita?

Desde aquel dia, María no recobró ya su deliciosa alegría. Volvióse taciturna, y yo sola lograba sacarla de sus lánguidas reflexiones.

— Cuando ya no te vuelva á ver, queridísima hermana, me decía, qué será de mí?

Yo tambien me hacia la misma pregunta. Habria querido conocer su secreto, pues me hallaba segura de que poseía un secreto, pero ella permanecía muda y yo no me atrevía ya á preguntarla. Estuve tres dias indecisa antes de tener fuerzas para anunciarla mi casamiento. A las primeras palabras que pronunciaron mis labios, ella se puso pálida.

— Con quién vas á casarte, hermana? preguntóme con vivacidad.

Dijela el nombre de mi marido.

Bajó los ojos, despues tuvo aun la triste sonrisa que me oprimia el corazón.

— Es la primera parte de mi predicción, murmuró; héte ya princesa: seré yo carmelita?

No quiso asistir á mi boda, ella que habia deseado tanto frecuentar la sociedad! Obtuve del príncipe el permiso de tenerla á mi lado: ella rehusó mis ofertas. Fui á visitarla con frecuencia en un principio, despues tuve otros deberes. Dios bendijo el primer año de nuestra union, llegando yo á ser madre. Y no obstante, este grande amor y esta grande alegría no fueron parte á borrar á María de mi memoria. La amé, la amo todavía como una hermana tierna y querida.

El dia del nacimiento de mi hijo, recibí una carta de María en la cual me anunciaba ésta su entrada en el noviciado de las Carmelitas. La carta estaba afectuosa y llena de sentimientos de piedad, pero tenia un sello de tristeza indecible. María guardaba un secreto. El claustro es un refugio, sin duda, pero el sufrimiento no es la vocación. El pensamiento de la suerte de María cubrió con un velo toda mi dicha.

En el noviciado no la era ya permitido escribir; yo no podia verla sino raras veces. Llévala mi hijo que ella besó con los ojos bañados en lágrimas. Algunos meses mas adelante pronunció sus votos y quedamos separadas para siempre.

No tuve ya otra amiga. No se reemplaza un corazón. Me dividí entre los deberes que impone

la sociedad y los de mi familia. En la sociedad como en el interior de mi casa, me consagré toda entera á mi marido que me adoraba. Esta vida duró diez años, segun os he dicho ya, pues que mi historia no comienza verdaderamente sino desde mis veintidos años.

— Escuchadme bien, Dionisio, y no veais en todo esto mas que una lección. Seréis sacerdote, es lo aseguro. En calidad de sacerdote, teneis derecho de oír lo que yo, en calidad de mujer que reemplaza á vuestra madre, tengo derecho de decir.

Apercibí de repente que mi marido no me amaba ya. El amor del marido constituye la fuerza y la virtud de la mujer. Que no se alaben de su pureza las que son amadas! El sendero que las está trazado es recto, fácil y sin espinas; cumplen con su deber sin esfuerzo, como se vive y como se respira. Pero las que no son amadas! pero las que aman aun y no son correspondidas!... Mi casa, que yo habia amado tanto, me pareció triste; mi interior adorado, y tan completo, me pareció vacío. La sonrisa de mi hijo me hacia llorar, y cuando veía á una mujer feliz y tranquila dando el brazo á un obrero en la calle, se me oprimia el corazón.

Mi marido no me amaba ya! Porqué? Habia yo perdido mi belleza á la edad en que la belleza se despliega y florece? No me habia dado Dios mas que media parte de ese soberano tesoro que se llama juventud? Veía yo sin embargo al rededor de mí á algunas mujeres á quienes se encontraba menos hermosas que yo y que eran amadas; veía mujeres de mas edad que yo y que eran hermo-





Tertulía ofrecida a los enviados de Muley-Abbas por el general Ríos, en Tetuan, según el croquis de nuestro corresponsal el señor Yriarte.





Nuevos uniformes de la caballería francesa.



para corromper toda la dulzura del incienso. Habéis despertado un irreconciliable rencor, que producirá tarde ó temprano un efecto desagradable en vuestra existencia, sin contar con un gran número de cartas anónimas, en las cuales, podeis estar seguro, no se os escasearán aquellas materias que os puedan ser mas desagradables, por que la carta anónima — sin franquear — es la gran venganza del amor propio herido!...

Al lado de la carta anónima, recurso habitual de las enemistades literarias, tambien hay que contar con las de los que tienen el valor de su opinion personal. Estos, furiosos de haber alquilado carruaje algunas veces para venir á solicitar la publicidad de sus ideas en el órgano de que disponeis, y de haberos puesto en sus conversaciones obsequiosas á la altura de los Longinos, y de los Quintilianes, recobran toda su actitud y todo su orgullo altanero, y os dirigen un billete así concebido:

« Caballero, yo me resistía á creer que érais un hombre superficial, mas he venido á convencerme de ello á costa mia. La manera como habeis tratado mi libro, una obra tan importante, no conediéndole mas que algunas líneas de honorífica mencion, os perjudicará mucho en el concepto de los talentos esclarecidos. Siento no poder conservaros toda la estimacion que me habiais inspirado. »

Y notad que el autor que se queja con esta amargura, ha sido colocado, por vuestra condescendencia, en el número de los buenos historiadores, de los poetas mas distinguidos ó de los novelistas de nuestra época, por un fárrago cualquiera.

Jamás os perdonará el laconismo de vuestro elogio. Este sujeto os encuentra en el boulevard y no os quita su sombrero, afin de enseñaros á vivir.

Pero éste al menos tiene cierta grandeza, si se le compara con el de las cartas anónimas (sin franquear).

Mas todo esto es muy poco en comparacion con lo que os pasará si el negocio fuese con un actor ó una actriz. La raza de los poetas es irascible, esto se sabe desde la mas remota antigüedad; mas la susceptibilidad de la raza de los comediantes,

y sobre todo de la de las comediantas, escede á todas las susceptibilidades, conocidas y por conocer: la ciencia de los mas famosos equilibristas os seria insuficiente para sosteneros en la cuerda de la crítica, á los aplausos de esta clase de la sociedad; es de menos interés para un comediante el ser elogiado, que el impedir que lo sea éste ó aquél de sus compañeros, especialmente, el director del género que él cultiva. Si dos actrices, jóvenes y lindas, dotadas de talento, y desempeñando papeles del mismo valor, han sido celebradas por vos á una misma altura en las columnas de vuestro folletín, ambas os tornarán la espalda á porfía, cuando os encuentren cara á cara, y os apellidarán escritor baladí.

Ya estais, pues, clasificado!

Imposible es formarse una idea de la vivacidad de los celos, de la ferocidad del odio que distinguen á la corporacion de artistas dramáticos entre todas las demás corporaciones.

Un dia preguntaba yo á un actor célebre, M. B..., que tenia grande influencia en la direccion de su teatro, porqué habia retirado del repertorio, despues de algunas representaciones, una piececita muy agradable, que figuraba antes de otra mas grande en que él obtenia muchos aplausos.

— Porqué?... me contestó, porqué?... porque no quiero hacer ver á M. M... de mi público!

Mi público!

Esto es subirme!

Haceros cargo de esto, si es que podeis. Tales son los sugetos con quienes teneis que habéroslos. Es decir, habeis de jugar con fuego continuamente.

Los pintores, descontentos de vuestros artículos sobre el salon, os ridiculizan y os representan con una nariz estravagante, las piernas delgadas y torcidas y en una facha de Judío errante, desacreditándoos bajo el punto de vista de la elegancia y de las buenas maneras.

Se rien cuando os ven pasar... se os vé como os ha hecho Nadar, el verdadero Nadar! qué irrisión!

Los músicos cuyas óperas no han sido bien acogidas, sienten un vivo deseo de daros cencerrada

el dia de vuestro santo! y sólo la policia puede contenerlos en los límites de la decencia.

Hay momentos en que os dan ganas de encerraros en una torre, como los leprosos de la ciudad de Aoste, aunque no sea mas que para ser dueño de vos mismo.

Porque, para colmo del fastidio, todo el mundo, halagado por una secreta esperanza de encontraros favorable á sus miras, como aquella buena vieja que quemaba un cirio ante la imágen del diablo, se abroga el derecho de disponer de vuestro tiempo, penetra á toda hora en vuestro domicilio, distrayendo de vuestras tareas, para hablaros de sus negocios, y particularmente de sus agravios contra fulano y contra zutano. No tendríais á bien el tomar parte en sus querellas?...

Si dais un sarao y pensais divertirlos modestamente y sin ruido como hace la jente honrada, recibiréis cartas en que os dirán: « Permittedme, caballero, que os presente el domingo próximo á la señorita Amalia, cuya voz está evidentemente formada para la grande Ópera... Vos recibiréis, sin duda á algunos de vuestros cofrades periodistas... Esta es una ocasion escelente para hacerla oír: » O bien: « Mi querido amigo: te llevaré un bajo de primera fuerza, que tiene necesidad de tí para darse á conocer... tú le darás el *espaldarazo*. » O bien, os escribirán: « El pianista de la reina Pomaré está en Paris, yo le he apalabrado para tocar en tu reunion... Se enviará un piano de casa del señor Erard, porque el tuyo, — hablando acá *inter nos*, — no vale gran cosa. Debes cambiarle; esto te costará á tí muy poco... »

Se toma á vuestra casa por un conservatorio y se murmura de vuestro piano. Green tal vez que teneis los pianos gratis!...

Si no condescendeis con tales exigencias, seréis considerado como un hombre sin educacion. Y se harán al cielo promesas porque os caiga una chimenea sobre la cabeza cuando salgais de vuestra casa.

Habrás siempre para vos una garra bajo la mano de terciopelo que se os alargará.

Ved pues el arañazo, y la ocasion generalmente esperada para vengarse de vuestra conducta: un crítico conocido mio tuvo un dia la veleidad de

sas. Habia yo dejado de ser buena? El poco talento que podia yo tener se habia disipado?

Os he hablado de los dias aciagos, Dionisio; los dias aciagos se hallaban en mi hogar; mi marido no me amaba ya. La idea de venganza germinaba en mí, precisamente porque yo amaba aun. Permanecí durante algunas semanas inquieta, turbada, feroz; despues frecuenté la sociedad, refugio siempre abierto, venganza siempre fácil.

Me consagré en cuerpo y alma á frecuentar la sociedad y encontré en ella á mi rival, que era menos bella que yo, menos jóven que yo, mas tonta que yo y mas mala que yo. Díjeme á mí misma: anonadaré á esta mujer con todas mis superioridades. Y me hice coqueta. Y mi rival fué, en efecto, vencida, anonadada, eclipsada! La sociedad sentenció entre nosotras dos, — pero mi marido no fué de la opinion de toda la sociedad.

Mi marido continuó amándola y abandonándome. Qué me importaba mi victoria con respecto á la sociedad? No habia yo combatido por la sociedad. Mi marido solo habria podido pagarme la puesta: habia yo perdido la partida.

Alejéme del mundo tan repentinamente como lo habia frecuentado. Mi marido, que no habia advertido mis pobres triunfos de corte, no puso ninguna atencion á mi retiro. Parecia que para él ya no existia yo. Mi casa no era, en cierto modo, la suya, y como cedemos siempre á la verdad de una situacion, habia momentos en que manifestaba al verme esa alegría ofensiva y comun de los encuentros imprevistos. Estoy segura de que le vinieron mas de una vez á los labios las pala-

bras que se dicen, entre indiferentes, cuando la casualidad nos hace encontrar despues de un largo intervalo de ausencia: de dónde venís? no os dejais ver!

Esto fué cierto sobre todo cuando dejé la corte. Nole veía ya, y habia una cosa que era soberanamente cruel: los pocos amigos que forzaban la puerta de mi retiro no se admiraban jamás de no encontrar al príncipe; no me pedian noticias suyas: nuestra separacion era un hecho notorio y aceptado. Hubo algunas buenas jentes que llevaban la barbarie hasta querer consolarme: trataron de darme buenas razones; mi hotel se hallaba decididamente demasiado cerca del campo de batalla en el cual habia sido yo vencida; partí para nuestro castillo del Angoumois y padecí allí una terrible enfermedad. Mi convalecencia fué lúgubre como un duelo. con desesperacion me sentia volver á la vida.

Un dia, parecióme que aquel gran castillo solitario se llenaba de repente y que la alcova sombría en la cual me confinaba aun mi debilidad se iluminaba con un rayo de alegría. El príncipe de Lambesc se hallaba presente, cerca de mí, habia venido á causarme una sorpresa. Me creí salvada y dí gracias á Dios por no haberme dejado morir. El príncipe fué bueno como siempre; no habia cesado de tratarme con dulce amistad. En atencion á nuestro modo de vivir, se puede decir que él no sabia el mal que me habia causado. Permanecí dos dias á mi lado, despues continuó su camino, y el vizconde de Aulny que le acompañaba me hizo conocer, — sin saberlo tampoco, tal vez, — que mi rival se hallaba en su castillo, del lado

de La Rochela. Mi marido me habia hecho una visita de paso.

Este vizconde d'Aulny era un hermoso jóven, exactamente de mi edad, y á quien habia visto muchas veces, casi en mi infancia, porque era primo de María.

María, mi pobre María! Parecióme que si la hubiera tenido á mi lado, me habria hallado medio consolada. Tenia inmensa necesidad de esplayar mi corazon. Mi soledad me causaba un peso intolerable, y ninguna otra mas que María podia alijerarle. No habia yo amado mas que á dos seres en el mundo, el príncipe y María. Comenzaba muchas veces á escribir cartas para María y experimentaba un melancólico placer en trazar sobre el papel los padecimientos de mi alma. Pero me quedaba sin acabar estas cartas, pues María no debia recibirlas. María se hallaba encerrada en el claustro; María habia muerto!

Sabe uno lo que desea cuando la vida misma se halla herida de este modo? Luego que pude levantarme, cobré grande horror al campo; tuve necesidad de ver á Paris: qué esperaba yo en Paris? No podia decirlo, pero tuve calentura mientras que no me ví en el camino de Paris. Al entrar en esta casa conyugal en la cual habia sido tan dichosa, fui atacada de una especie de vértigo, y mi dolor llegó hasta la locura. Me habia alejado hacia ya algun tiempo de mi religion: habia yo tenido injustamente rencor á Dios por mis angustias. Os digo que me hallaba aislada!

Ocurrióseme una idea, pues la necesidad de luchar existia siempre: una idea que se le ocurre á todas las mujeres: me dije á mí misma: queda-



obtener una plaza habitualmente concedida á hombres de letras; se supo, y se tomaron las medidas radicales para, como se diría vulgarmente, revolverle la tierra debajo de los piés; los que menos motivos tenían para quejarse de él, envía on al ministro, de quien dependía este empleo, una lista de todos los periodiquillos en que el imprudente había divertido á la jente de su tiempo, disfrazando bajo una forma satírica y maiciosa el antiguo y buen sentido galo. Luego que se presentó á la audiencia oficial, el ministro, con quien se hallaba en buenas relaciones, y que también había compuesto en su juventud algunas canciones bastante ligeras, le dijo, — haciéndole ver el triunfo de uno de sus competidores:

— Qué quereis, amigo mio, me he visto comprometido y obligado por la opinion pública. Se me ha objetado que no sois un hombre formal. Por qué escribís en los periódicos burlescos?

Y le enseñó la lista de estos periódicos, con los anónimos de los que le habían denunciado, y á mas, el artículo de un gran periódico en que un publicista de primer orden, á juicio del ministro, había hecho la mas ventajosa apreciacion de una obra de economía política, escrita por su rival, artículo que había motivado su eleccion. El artículo era del desgraciado crítico destituido. Entonces no se firmaban los grandes periódicos.

Si os presentais á la Academia, habrá un clamoreo de vivas protestas contra vos; preguntad á... Pero qué necesidad teneis de preguntar? Es indudable que los periodistas hacen la reputacion de los demás, y que no hacen la suya nunca, que contribuyen á la fortuna del prójimo y que están hasta el fin de su vida mal quistos con la fortuna. Todas las profesiones se mejoran con el tiempo, por la sola fuerza de las cosas, por la naturaleza de la constitucion social; las funciones públicas proporcionan retiros y pensiones. La profesion de periodista, eternamente precaria, no hace mas que amenguar con la actividad y la imaginacion del escritor. Los jóvenes vienen á reemplazar á los ancianos, y Dios sabe cómo ellos tratan á sus antecesores, — á la manera de los salvajes, con el escarpelo en la mano.

El periodista no tiene siquiera el derecho de ha-

ria victoriosa si combatiera con armas iguales. Es la palabra vaga de la cual se sirven los desesperados. Qué armas? No sabia siquiera si las que nos arrebatan así nuestra felicidad tienen otras armas que las nuestras. Quise cerciorarme. Habia una de nuestras compañeras de convento que, siguiendo el peligroso declive de un genio demasiado brillante y demasiado aventurado, había llegado, de desliz en desliz, hasta la gloria del escándalo. La marquesa de X... era reina en cierta clase de la sociedad, y se alababa de enganchar á su carro á los maridos de todas las gazmoñas que la rehusaban sus puertas. Yo había cerrado la mia á la marquesa, en tiempos pasados. Presentéme en su casa y fui recibida por curiosidad. Me humillé francamente ante la sirena y supliquéla que me enseñara su canto...

La marquesa me miró riéndose, y me dijo: Haced lo que yo, querida!

Quedé indignada, y no obstante, qué otro consejo podia ella darme?

Pasáronse seis meses. Leí un libro en el cual se hallaba estampado que se despierta el amor por los celos; mi cabeza se había debilitado mucho y mis potencias se hallaban verdaderamente turbadas. El vizconde d'Aulny continuaba desempeñando á mi lado su papel de apasionado sumiso y respetuoso. Cometí la falta de dejar nacer la esperanza en el corazon de un galán y quedé castigada al momento, pues sentí en mí una tierna compasion que se parecia... pero no era todavía mas que amistad. No obstante, el golpe produjo su efecto; el príncipe se puso celoso. El vizconde me causaba miedo ya, pero el príncipe vol-

blar alto; no ha sido él también un poco salvaje, al principio, para con los Chactas de la precedente generacion!

Un anciano experimentado me decia, cuando comencé á escribir en los periódicos.

— Mi amiguito, acordaos que todo hombre que no sale del periodismo á los treinta años, para ser prefecto, ministro, ú intendente, es un tonto.

Yo comprendí esta sentencia muy tarde.

HIPPOLYTE LUCAS.

#### EL PASO DE UN VADO.

(Cuadro de M. Mulready.)

Diez años ha, M. Vernon, que había adquirido en la industria una fortuna considerable, legó á la nacion inglesa su preciosa coleccion de obras de arte. *El Paso de un vado*, de M. Mulready, formaba parte de ella. Este hermoso cuadro figura ahora en las galerías del arte inglés, en Kensington, museo reservado esclusivamente á las obras de los maestros ingleses. M. Mulready es uno de los pintores mas distinguidos de la Gran-Bretaña. Sus cuadros se recomiendan tanto por la dichosa eleccion de los asuntos, cuanto por la correccion del dibujo, por el brillante colorido y la delicadeza del toque.

#### LA VICTORIA DE BRESCIA.

Escavaciones practicadas en la costa meridional de la colina que domina á Brescia dieron por resultado, en 1823, el descubrimiento de un edificio antiguo en el cual reconocieron los sabios una basílica romana.

Tres años despues, el 20 de julio de 1827, haciendo nuevas escavaciones en aquel monumento, hallóse, bajo un monton de tierra y de carbon, mezclada con varios bustos, piezas de harneses, estatuillas y fragmentos de cornisa, una grande estatua de bronce cuyo ornamento recuerda la Victoria que se admira sobre la columna de Trajano.

Por el carácter del dibujo, la gracia y la nobleza del movimiento, esta estatua se considera hoy como una obra maestra de la escultura antigua.

via á fijar en mí sus miradas: encarnizada en la victoria, aparté la vista para no ver el peligro. Una noche que me hallaba yo sola en mi palco, — en la Ópera, — recibí al vizconde porque el príncipe se hallaba en el palco de mi rival. El vizconde me habló de amor. Yo tenia fijos mis ojos en el príncipe. Sentí de repente que ya no estaba celosa...

Fué aquello un rayo. Oh! no era este remedio el que yo buscaba á mi dolor! Las lágrimas abrasaban mis ojos, y estas lágrimas lloraban mis curadas angustias. El abismo abierto se hallaba á mis plantas: le veía; me llamaba por una atraccion fascinadora, como la serpiente fascina á su presa. Mandé al vizconde que hiciera acercar mi coche y le prohibí que me siguiera. Entré en el hotel; escribí una carta que coloqué en la mesa de noche del príncipe, y hui, á pié, no obstante ser medianoche.

Yo también pensaba morir, Dionisio, pues tengo la vanidad de creer que habría muerto antes de faltar á mis deberes. En las solitarias tinieblas de la calle, mi condena escrita con caracteres de fuego deslumbraba mis miradas. Había jugado con el arma mortal y me había herido á mí misma mortalmente. Hijo, cuando no está una ya celosa, es que no ama; y porqué yo no amaba ya á mi marido? Porque me sentia culpable en mi alma!

Sabeis á dónde iba? Cristóbal de Beaumont había sido mi confesor: fui á postrarme á sus plantas y á pedirle un refugio.

Hallábase solo en su gabinete; velaba traba-

Apreciada por todos los maestros y por todos los artistas que viajan en Italia, escitó también la admiracion de Napoleon III cuando estuvo en Brescia; y la municipalidad italiana se apresuró á ofrecer y á enviar un modelo de la *Victoria* al libertador de la Lombardia.

El ministro de Estado de la casa del Emperador acaba de dirigir á aquella municipalidad la siguiente carta, que es un vivo testimonio de todo el valor que M. A. Fould y el Emperador dan á ese regalo artístico:

« Palacio del Louvre, 9 de febrero de 1860.

» Muy señores míos:

» El Emperador agradece cordialmente los sentimientos que han movido á la municipalidad de Brescia á hacerle el obsequio del modelo de la estatua *la Victoria*, perteneciente á esa ciudad, y justamente reputada como una obra maestra de la escultura antigua. Tengo el honor de informaros que Su Magestad ha resuelto que este modelo, llegado á Paris en un estado de perfecta conservacion, fuese inmediatamente colocado en el Museo del Louvre, y que se ha dignado ordenarme, al mismo tiempo, que ofrezca en su nombre á la municipalidad de Brescia, en memoria de su paso por esa ciudad, dos vasos que han salido de la manufactura imperial de Sèvres; adornados con los retratos de Sus Magestades Imperiales. He dado las órdenes necesarias para que este presente de S. M. el Emperador os fuese transmitido en el mas breve plazo posible. »

LÉO DE BERNARD.

#### INSURRECCION, EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

La noche en que Antonino Carême dió la última mano á su tratado sobre el *Arte de la cocina*, en el siglo diez y nueve, se acostó cansado y su cerebro sobreexcitado repasó capítulo por capítulo, esta obra que, con el auxilio de su reputacion, debía transmitir á la posteridad su fama culinaria.

Un sueño pesado y nervioso se apoderó de sus sentidos, y, al cabo de una hora de este entorpecimiento febril, una terrible pesadilla trastornó

jando. Me arrojé á sus piés, y le descubrí todo mi corazon. Él me preguntó:

— Y qué pensais hacer, hija mia?

— Sé que por vuestra influencia, padre mio, respondí, una mujer casada puede obtener el abrigo del claustro. Quiero un amparo contra mi propio corazon. Quiero morir para el mundo con el fin de evitar el precipicio á cuyas orillas me siento vacilar.

El santo prelado me tomó por las manos y sentóme junto á sí.

— Amis aun á vuestro marido? me dijo.

— No! no! no! pronuncié tres veces: este es mi castigo! No le amo ya! No le amo ya!

— Y á vuestro hijo?... murmuró.

Oculté mi rostro entre mis manos y me deslice en llanto.

El arzobispo no hablaba; parecia profundamente recojido en sí mismo. Cuando levanté los ojos hacia él, ví al través de mis lágrimas su noble y dulce semblante que manifestaba la ardiente ternura de su caridad.

Hija mia, me dijo, haced un esfuerzo para oirme y comprenderme. Voy á presentaros un ejemplo refiriendoos una historia de ayer que se parece á la vuestra... La pobre mujer que vino aquí, como vos, no me confió nada bajo el sello de la confesion, y toda na racion que puede servir de ejemplo para bien del rebaño pertenece al pastor... Me escuchais, hija mia?

— Padre mio, ya os escucho.

(Se continuará.)

PAUL FÉVAL.





El puente improvisado (cuadro de M. Mulready en la esposicion de Lóndres).

la imaginación de aquel hombre de génio que nació bodegonero y vino á ser cocinero afamado.

Todos los animales cuya carne sirve de alimento al hombre y para cuyo condimento había descubierto Carême todos los secretos de su ciencia y todos los recursos de su ingenio, se insurreccionaron en su corral. Los cuadrúpedos y la familia alada, caza de pelo y de pluma, rumiantes y paquidermos domésticos, todos se lanzaron á las barricadas.

Los mas tímidos habían venido á ser los mas osados. La liebre era un verdadero rayo de la guerra; mandaba la tropa y ostentaba una actitud tan marcial que el mismo Rude no la habría desaprobado; los conejos, armados de fusiles y provistos de sus cartucheras, eran los primeros en el fuego; el gallo desempeñaba el oficio de clarín, y con su voz estentórea excitaba á la cohorte, que piaba, gritaba, gruñía, bramaba y balaba hasta

hacer retroceder á los mas intrépidos. El jabalí y el toro furiosos avanzaban mostrando los colmillos y bajando los cuernos, para sostener la primera línea; hasta el mismo monsieur marrano, sacudiendo sus hábitos de indiferencia, agitaba su carabina y vociferaba, y regañaba,

Cual si se viera, en su furor profundo,  
De cien mil carniceros rodeado,  
Alzaba su clamor desentonado  
Dejando sordo con su estruendo al mundo.



Carême, á la cabeza de sus ayudantes y marmitones, armados de asadores y de machetes, sostenia valientemente el combate. Mas de un insurgente, atravesado de parte á parte, habia mordido el polvo; el ejército de cocineros tocaba ya al pié de la barricada, cuando el gran discípulo de Brillat-Savarin se siente herido y cae... Dirigida por el ojo rencoroso de un conejo frenético, una bala acababa de interesarle el corazón.

La caída de Carême vino á ser al punto la señal de retirada para su estenuada tropa. Un cocinero de fama que habia querido reunirse á los combatientes fué el primero en gritar: « Sálvese el que pueda. » El grueso de los batallones huía á la desbandada, dejando el cuerpo del general en manos de sus implacables enemigos.

Carême sufría todos los tormentos de san Lorenzo sobre las parrillas, ahogábase bajo la influencia de aquella pesadilla de que ningun esfuerzo le podia libertar. Todo lo veía y lo escuchaba, mas la voluntad no tenia ya accion ninguna sobre sus miembros paralizados. Sentía las liebres y los conejos, los gallos y los faisanes, chorlos pluviales y cercelas pisotear su pobre cuerpo; el jabalí y el toro le machacaban con sus patas; su herida chorreaba sangre y sus ene-



La Vénus victoriosa del museo de Brescia, cuyo moldage acaba de llegar al Louvre.

migos se la bebían, según que iba destilando.

Todas estas humillaciones, todos estos dolores no eran nada aun. Una vieja becada, de pico largo y acerado, se paró junto á él, se aproximó á su cabeza, y comenzó á picotearle los ojos con rabia. Este era el último golpe: sufrir estos crueles ataques, era morir dos veces; el dolor era demasiado fuerte, y Carême despertó, pálido, sudando de miedo y queriendo apenas creer que realmente estaba despierto.

Sin embargo, poco á poco, sus sentidos se calman, sus ideas se le presentan con mas lucidez y su lengua puede al fin articular estas amargas palabras: « Mis víctimas están vengadas... Yo no creía que la fama era tan cara de adquirir, ni que la gloria se compraba á este precio. »

Desde entonces acá, todos los aniversarios, en la época en que los regocijos del carnaval ceden el paso á las austeridades de la cuaresma, se dice en las cocinas, y el ruido suena al través de los hornillos, que la misma pesadilla atormenta, con sus temores de insurreccion, el sueño del cocinero que tiene en Paris el cuchillo de honor legado al mas digno por el difunto Antonino Carême.

LÉO DE BERNARD.



Insurreccion el miércoles de Ceniza.



## CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

Todavía los abogados!

Es difícil vivir con estos diablos de jentes. Les cuesta trabajo, hacer buenas migas con la magistratura, por mas condescendencia que ésta tenga con ellos. Véase sino, lo que acaba de pasar ante el tribunal de assises del departamento del Gers.

Acababa de abrirse la audiencia. En el banco de la defensa hallábase un veterano del foro, el decano mismo de la orden de los abogados de la jurisdicción, M. Alem-Rousseau. El presidente de turno era M. Lesueur de Péres, consejero en la corte imperial de Agen. M. Alem-Rousseau y M. Lesueur pertenecen, — no hay indiscreción en repetirlo, despues de lo que se ha dicho ante el tribunal de casacion, — á campos políticos enteramente opuestos.

El jury habia prestado juramento, los debates iban á comenzar, cuando el presidente interpela al abogado: — « M. Alem-Rousseau, le dice, no he recibido en el palacio de la presidencia ni vuestra visita ni vuestra tarjeta; que este hecho sea el resultado de segunda intencion, ó de un olvido de vuestra parte, no es menos contrario á la urbanidad, á los usos recibidos y á los deberes de vuestra profesion. Os invito á no cometerlo en lo sucesivo.

» — Con deliberada intencion, responde sin titubear M. Alem-Rousseau, me he abstenido de hacer visita al señor presidente, y añad que en lo sucesivo obraré siempre del mismo modo. »

Grande emocion en el seno del tribunal, reclamaciones del abogado general contra M. Alem-Rousseau y sentencia que condena al abogado á la pena de la reprimenda.

M. Alem-Rousseau ha apelado al tribunal de casacion.

« Obtenez un arrêt comme il faut que je dorme. »

(Obtened una sentencia que me mande cómo debo dormir.)

decia Perrin Dandin. Haced pronunciar una sentencia que me obligue á la visita, ha dicho á su vez M. Alem-Rousseau. El astuto anciano hubiera querido, en efecto, que se plantease la cuestion en estos términos ante la corte suprema. No ha sido enteramente así. El tribunal de casacion ha rehusado admitir la apelacion — contrariamente á la observacion del presidente, por motivo de que ella no constituia una decision judicial, — contra la sentencia del tribunal del Gers, porque la reprimenda pronunciada habia sido motivada, no por la omision de la visita, si no por la respuesta y el tono del abogado. — porque además por via de conexion solamente habia sido conducido el tribunal de assises á declarar en su sentencia que él consideraba la visita del abogado como « un deber de todo defensor para con el presidente. »

Estos son simples detalles, pero que tienen su importancia, pues de ellos resulta, en último análisis, que el tribunal de casacion dista mucho de profesar — acerca del derecho de visita — la teoría del señor consejero Lesueur de Péres. En este sentido, la apelacion de M. Alem-Rousseau no habrá sido por lo menos del todo inútil.

Algunos dias antes, otra apelacion, — que no era tampoco mas que una especie de protesta, — se habia verificado ante la sala del crimen.

Hace seis años, el 1º de abril de 1854, habian comparecido dos hombres ante el tribunal de assises de Rennes: llamábanse, uno Augusto Baffet, el otro Yves Louarn. Eran acusados de haber penetrado por la noche, rompiendo una puerta, en el domicilio de dos ancianos, Guigourès y su se-

ñora, quienes residian en el pequeño pueblo de Bannalec, de haberlos arrancado de su lecho, echado á tierra, dádoles de patadas en el vientre y en la cintura, de haberles apoyado un fusil en el pecho, amenazándoles con la muerte si no les entregaban el dinero que poseian, de haber forzado los armarios, roto los muebles y robado la cantidad de 2,100 francos.

Dichos hombres fueron declarados culpables; pero — gracias á las circunstancias atenuantes, — se les condenó solamente: á Baffet, á galeras perpetuas, y á Louarn, á siete años de la misma pena.

Baffet murió en galeras en 1855, y Louarn en Cayena en 1856, dejando en la miseria á sus familias, cuyo nombre habia sido manchado cruelmente.

El año pasado, llegaron al tribunal estrañas revelaciones que señalaron como autores ó cómplices del atentado cometido contra el matrimonio Guigourès á cuatro individuos, Millour, Jambon, Ollivier y la vjuda Singuin. Dichas revelaciones disculpaban completamente á los dos desgraciados que habian sido condenados en 1854, y demostraban hasta la evidencia que habian sido víctimas de un error judicial.

Un nuevo debate tuvo que abrirse, pues, ante el tribunal de assises. Es fácil adivinar si la familia de los inocentes condenados esperaba con impaciencia los debates. La mancha de la primera condena iba á desaparecer moralmente. Una reparacion tardía ay! y de la cual sólo iba á aprovechar la memoria de estos desdichados, muertos en un lugar de infamia, debía salir de esta solemne audiencia, gracias sobre todo á la publicidad que no dejarían sin duda de dar los diarios al proceso.

No se verificó esta publicidad. El tribunal de Rennes, — por la razon de que los debates podian acarrear incidentes peligrosos para el orden público y las costumbres, — dió un edicto que prohibia se diese cuenta de ellos.

Así que, la única reparacion que hiciera posible la ley, no debia obtenerla la memoria de estas dos víctimas de un funesto error!...

La única, he dicho. Sí, la ley se halla sancionada de este modo: no puede otorgar al que ha muerto víctima de un error judicial, á su mujer, ó á sus hijos, el hacer borrar de sus registros judiciales la sentencia que ha declarado á su esposo y á su padre un ladrón y un asesino. Qué queréis?

Deberémos recordar una lamentable historia que ha llegado á ser una leyenda popular? Hace mas de cincuenta años, la familia de Lesurques no ha cesado de proseguir con noble obstinacion la revision del proceso del año IV, de asediar con sus piadosas importunidades á todas las legislaturas que se han sucedido hasta 1851. Un instante ha creído vislumbrar la realizacion de sus esperanzas. El esfuerzo supremo que con el ayuda de un jurisconsulto elocuente y convencido, M. Bertin, tentó ella en la Asamblea Legislativa habia logrado ya su efecto. El principio de la revision se hallaba adoptado é iba á formularse en artículo de ley, cuando fué disuelta la Asamblea, y desde entonces, la cuestion ha vuelto á caer en el limbo.

Nuestros padres no eran en verdad menos escrupulosos que nosotros acerca del respeto debido á las sentencias de los tribunales soberanos; ni mas ni menos que nosotros, no se hallaban dispuestos á abandonar la tradicion legal y á conmover el antiguo edificio judicial, y sin embargo no vacilaron en anular las sentencias que habian sido pronunciadas contra Calas y Lally-Tollendal.

El gobierno de Venecia no era tampoco de los que dejaban vacilar entre sus manos la espada de la justicia. Los viajeros que han recorrido la antigua ciudad de los Dux han podido notar en la

plaza de San Marcos, que mira á la *Piazzetta*, una lámpara que arde detrás de un enrejado de hierro colocado en el monumento. Esta lámpara no se ha apagado hace siglos. Hé aquí lo que refieren los analistas de la República:

Un noble veneciano cae una noche herido de una puñalada; no lejos del teatro del crimen reside un panadero conocido por su violento carácter. Sospéchase que él es el asesino de la víctima, se le prende, encuéntrase en su casa una vaina á la cual se adapta el puñal que ha servido para el asesinato. Por este indicio es condenado y perece en los mas horribles suplicios.

Poco tiempo despues, es preso un hombre y reconocido como el verdadero asesino. Consta la inocencia del panadero, y el senado se apresura á devolver el honor á la memoria del ajusticiado. Fúndase una misa á perpetuidad por el reposo de su alma; en el exterior de San Marcos es colocada una lámpara cuya luz eternamente alimentada debe recordar á todos el error de la justicia y su arrepentimiento. La República se declara tutora de sus hijos, los jueces que le han sentenciado se visten de luto, y se inscriben en la sala de audiencias estas memorables palabras: *Ricordatevi del povero fornaro.*

Desde aquel entonces, todas las veces que un hombre era acusado de un crimen y en el momento en que los jueces se levantaban para deliberar, un portero de estrados levantaba su vara, les señalaba la inscripcion y repetia en alta voz: *Ricordatevi del povero fornaro.*

PETIT-JEAN.

## UN POBRE ARTISTA.

Desde hace cinco años, Pedro residia en Paris. Al salir del colegio se habia despedido de sus padres, viniendo á ocupar un lugar, á la gran ciudad, entre los famélicos de fortuna y de gloria.

Pedro era pintor, decíalo así por lo menos, y sus amigos habian acabado por creerlo. Sin embargo, nunca habia querido aventurar sus ilusiones ante un jurado de exposicion. Pretendia humildemente haber hecho una obra maestra, pero por mas que se le estrechaba con preguntas sobre el particular, respondia siempre con una triste sonrisa y meneando la cabeza. Tenia oculta á todas las miradas esta obra maestra desconocida: él solo tenia el derecho y el placer de contemplarla, de estasiarse ante ella, de admirarla con beatitud.

Durante los tres primeros años de su estancia en Paris, Pedro habia recibido de sus padres, simples cultivadores de la Normandía, una modesta pension que bastaba á cubrir sus necesidades. Al principio del cuarto año, su padre habia muerto. Dos brazos de menos en una pequeña hacienda, era mucho! La madre de Pedro, que se habia quedado sola con una criada, se vió obligada á tomar á su servicio un campesino que, por dinero al contado, hizo la tarea de Jacobo en el campo. Pedro, al saber esta noticia, resolvió no vivir ya á expensas de su anciana madre: púsose á trabajar con noble ardor, y tuvo la suerte de vender á un precio bastante elevado algunos pequeños cuadros.

Podia ya ganar su pan cotidiano: era todo lo que deseaba saber.

Sin darse priesa, trabajó ciertas horas, y, en esos momentos de *far niente*, de pereza, tan queridos de los artistas, poníase á meditar en su pais, en los ricos pastos, en la casa cubierta de paja y oculta bajo un emparrado de verde follaje. Veía entonces á su pobre madre que volvía sola á la casa, despues de haber trabajado todo el dia en las tierras, y sentándose, siempre sola, á la mesa para hacer su colacion de la tarde.

Y el artista pasaba así largas veladas en su ta-



ller; su imaginación viajaba por la Normandía, y la nostalgia, ó sea el mal del país, levantaba la voz en su corazón. Entonces, Pedro dirigía sus miradas sobre un cuadro comenzado:

— Pues bien! sí, decíase á sí mismo, cuando esté acabado, iré á abrazar á mi anciana madre!...

Concluido el cuadro, los perfumes del aire natal no llegaban ya tan vivos, tan intensos, al corazón del artista. Poníase á comenzar otro lienzo, y despertaba siempre en la calle de Navarin.

El 15 de diciembre del año pasado Pedro entró en su casa á las siete de la noche. Hallábase triste, pero su tristeza carecía de causa, tristeza que hace sufrir tanto mas cuanto que no tiene objeto fijo.

Un viento glacial azotaba los cristales de la ventana, y, penetrando al través de los cruceros mal ajustados, agitaba la llama de una sencilla lámpara que alumbraba el cuarto. Pedro tenía frío: encendió un simulacro de lumbre en la chimenea, se dejó caer en una poltrona vieja y se entregó á un profundo ensueño.

Pasaba en su pensamiento el monólogo siguiente:

«— Quince de diciembre!... Sí, será Navidad dentro de diez días!... Una gran fiesta, en casa!... Ya me acuerdo... el leño, el gran leño!... Allá, una buena lumbre, una hoguera chispeante... Aquí, dos pedazos de carbon en esta estrecha chimenea que da mas humo que calor... Despues la misa de noche buena, luego la cena!... era un festín patriarcal!... Mi padre se colocaba á la derecha, mi madre á la izquierda, yo me hallaba en medio!... Ah! felices tiempos!... Dentro de algunos días, mi madre se hallará sola en el desierto hogar... Sí, dos asientos vacíos!... Pobremujer, llorará, rezará por el que ya no existe y por el que se halla ausente!... Ah! cuán larga le parecerá esta velada... y triste... y funebre... »

Y el artista sentía adormecerse sus miembros por el frío. Echóse en su lecho y no se durmió si no hasta muy entrada la noche, repitiendo: «Pobre madre!... »

El día siguiente, el insomnio de la víspera se le presentó á la imaginación. Si hubiera tenido en el bolsillo el dinero necesario para ir á la Normandía, Pedro habría partido y habría abrazado á la pobre abandonada. Pero, en aquel momento, su bolsillo se hallaba tan profundo como un abismo: tuvo que resolverse á esperar.

Esperó. En vez de distraerse, concentró su melancolía y no abandonó ya su aposento mas que para ir á hacer sus colaciones. Sentado á su caballete, dejando vagar su pincel al capricho de sus preocupaciones mentales, delineó un pequeño cuadro que, poco á poco, tomó una nueva vida, tonos que revelaban las formas de sus figuras, un colorido franco. Pedro parecía delirar, con el pincel en la mano: en su corazón y en su cabeza, los recuerdos del país natal llegaban unos en pos de otros; trabajaba de inspiración, se hallaba al mismo tiempo en París y á cien leguas de París, y el ruido de los coches que pasaban por la calle de Navarin no le impedía oír como un eco de los cantos que resuenan en la iglesia del lugar, durante la noche de Navidad.

Cuando Pedro salió de su ensueño, el cuadro se hallaba terminado. Había empleado tres días en pintarle, y, durante estos tres días, apenas había pensado en comer y en dormir. Habíase abandonado por decirlo así á un acceso de sonambulismo calenturiento, durante el cual su mano, guiada por una mano invisible, había producido una obra maestra.

Esta obra maestra representaba el interior de una hacienda de Normandía durante la velada de

Navidad. En el hogar flameaba un gigantesco leño, que alumbraba con su rojo reflejo el fondo de la escena. Á izquierda de la chimenea, un aldeano, vestido con una chaqueta y un pantalón grises, estendía delante del fuego, — en guisa de mampara, — sus dos anchas manos.

Al lado de él, una mujer vestida con sencillez, cubierta con una de esas cofias enormes que son de moda en el país, tenía en sus rodillas un niño dormido. Al otro lado de la chimenea, un hombre de madura edad leía en alta voz la Biblia: era éste el magister del lugar. En medio de la pieza, la criada, moza de redondas formas, de mejillas hinchadas, y tez encendida, cortaba en pedazos en una gran sopera un enorme pan de centeno.

Pedro había hecho resaltar admirablemente todos los detalles que podían poner en relieve esta escena tan tierna, y sin embargo tan sencilla.

El joven quedó sumergido mucho tiempo en una muda contemplación de su obra. Sintióse aliviado, respiró con mas libertad. Parecióle que acababa de confiar sus pesares á un amigo y que el amigo participaba de sus penas. Es que, en efecto, el poeta y el pintor experimentan no sé qué mitigación de sus males, cuando pueden traducirlos en rimas sonoras ó en dibujos armoniosos.

Desde aquel día, Pedro sufrió menos. Cada vez que la nostalgia volvía á la superficie de sus ideas, dirigía una mirada á lo que él llamaba su obra maestra, y, en aquel éstasis silencioso, encontraba infinito consuelo.

Entre tanto, el invierno fué largo y terrible para el joven artista. Pedro tuvo mucha dificultad en vender tres cuadros, cuyo precio debía hacerle vivir hasta el verano. Uno de sus amigos, en un momento de penuria, le pidió algún dinero que aquel nunca le devolvió.

En los primeros días de mayo, levantóse Pedro una mañana mas temprano que de costumbre. Abrió la ventana, una bocanada de aire puro penetró en su aposento.

— Llega por fin la primavera!... exclamó. — Ah! mi Normandía, no moriré sin haber vuelto á verte! Adios, París, adios para siempre!...

Y aquella misma tarde, Pedro abandonaba á París. Dos días despues, abrazaba á su anciana madre, quien lloraba también de dicha y de alegría, estrechándole sobre su corazón.

La hacienda normanda se halla ahora adornada con un cuadro que representa la *Velada de Navidad*. Este cuadro es el único tesoro que Pedro se ha llevado de la gran ciudad á la cual había venido á buscar fortuna y gloria.

JULIO PRÉVEL.

#### LOS WAGONES DE PARÍS.

Un excéntrico que tiene á veces la paradoja llena de buen sentido, me decía últimamente: «De aquí á algunos años las vastes praderas de América serán desmontadas, las selvas vírgenes del nuevo continente serán desbrozadas y convertidas en terrenos cultivables.

» Qué es menester para esto? — Inventar la locomoción rápida y barata.

» Quien podrá proporcionárnosla? El que tenga la suerte de dar dirección á los globos.

» Cuando se encuentre el medio de hacer como la golondrina noventa leguas al menos en una hora, y de transportarse á América por la suma insignificante de dos francos, veremos correr las jentes de los países mas habitados de la Europa á poblar las sabanas inmensas del nuevo mundo, y á fertilizar el desierto africano. »

Este razonamiento de ideólogo que, á primera vista, ofrece el aspecto de una utopía, no se halla tan desnudo de razón como se le podría suponer. La locomoción á bajo precio no es un ensueño; y M. Julio Viard, un periodista que ha soñado y escrito muchos y muy brillantes artículos, se ha dedicado á resolver el problema. Ha hecho mas; ha sometido al emperador un proyecto por el cual se propone economizar el tiempo de cada uno, de centuplicar el número de personas transportables en París, de disminuir los obstáculos de la vía pública, demasiado obstruida, y de sustituir en fin al pesado y lento ómnibus con un *vehículo universal* que por su velocidad y la módica tarifa de sus asientos será accesible á la gran masa de los jornaleros y de los empleados.

Para obtener este resultado, M. Viard ha creado el wagon de París, coche de ocho ruedas, ligero en su fuerza y que medirá diez metros de largo y tres de ancho.

Cuatro caballos serán suficientes para arrastrarle al trote de posta, sobre dos carriles del sistema de M. Pomblas. Estos vehículos transportarán cien viajeros en el interior y otros ciento sobre un imperial cubierto, guarnecido de persianas en verano, y cerrado en invierno por vastidores de madera. El precio de los asientos del interior será diez céntimos y el de los del imperial de cinco céntimos.

Las líneas de tránsito de los wagones de París serán: una, la del nuevo recinto de París que sigue las fortificaciones; la otra la del antiguo muro de la barrera.

M. Viard se propone además reunir, por grandes arterias de doble vía, á los boulevards de París, y al centro de la ciudad, las afueras anexas, las orillas del canal de San-Martin, y los embarcaderos de los caminos de hierro, estableciendo en fin en París una red de doscientos kilómetros de carriles férreos.

Este proyecto gigantesco por su concepción y por sus consecuencias probables acaba de pasarle al consejo de Estado el prefecto del Sena.

Esperamos que la próxima realización de este problema, circulación rápida y barata, nos pondrá pronto en ocasión de disfrutar las ventajas que nos promete M. Viard, y que los terrenos vagos, esos desiertos parisienses, que se estenden desde las antiguas afueras á las fortificaciones, serán dentro poco tiempo surcados de calles y cubiertos de casas. Entonces las fortificaciones no estarán mas que á algunos minutos de distancia de los cuarteles del centro, y el trabajador tendrá siempre cinco céntimos diarios para rechazar las pretensiones de los propietarios de las afueras.

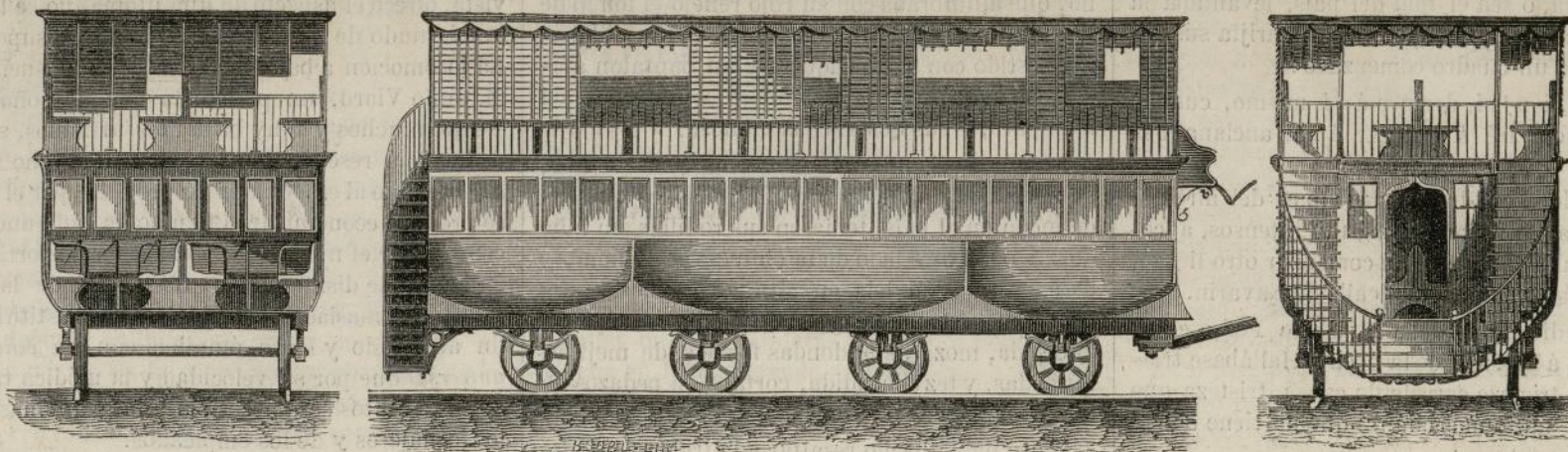
Los Parisienses podrán esperar la solución del problema de la navegación aerostática, y antes de ir á desbrozar los páramos de América, poblarán las vastas soledades de los terrenos vecinos al antiguo y al nuevo muro de París.

LÉO DE BERNARD.

#### EL HIDROSTÁTICO SUB-MARINO.

Acaba de ensayarse un aparato llamado hidrostático, destinado á las obras de excavación del puerto de Fécamp. Este ensayo parece haber resuelto la cuestión de las construcciones y excavaciones sub-marinas. El aparato consiste en una caja de hierro batido dividida en tres partes por dos tabiques horizontales. El piso bajo ó aposento de los operarios tiene por suelo el fondo del mar y mide ocho metros de ancho y dos de alto. Dobles paredes forman al rededor de este aposento,





Proyecto de un nuevo ómnibus-wagon, de 200 asientos, destinado al servicio de los antiguos boulevards exteriores.

una galería cerrada en su parte inferior, la cual contiene el lastre necesario para la estabilidad y las maniobras del hidrostático. Treinta y cinco hombres pueden trabajar en él con toda comodidad.

Encima de la cala se encuentra el puente falso, ó el primer piso, el cual mide la misma capacidad que el piso bajo. Este puente se halla dividido, por tabiques verticales, en cuatro compartimientos provistos cada uno de una llave de fuente que se abre en cada galería. Una quinta llave, que sirve para la distribución de los otros cuatro,

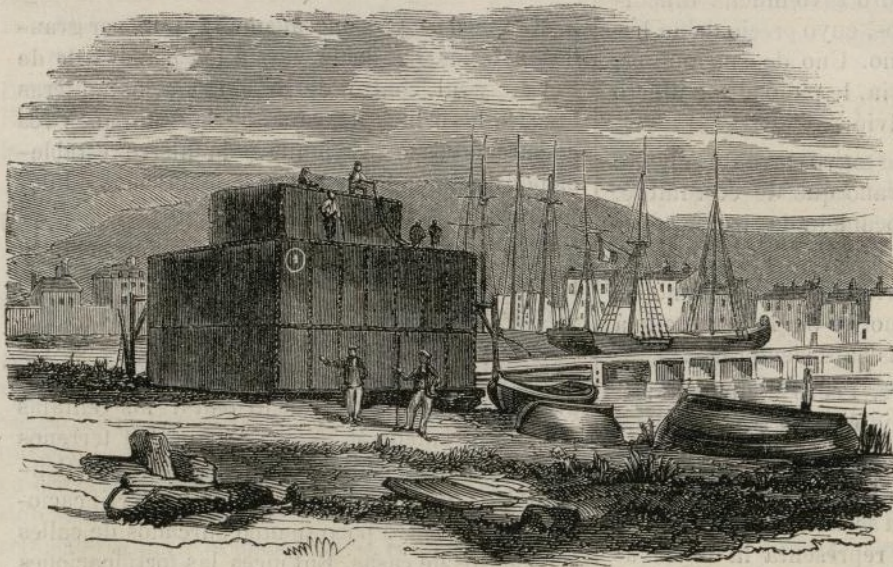
abiertas en los compartimientos del puente, en el cual el aire se halla comprimido de este modo. Se abre una nueva llave que pone en comunicación la galería del puente con la cala. Continúa funcionando la bomba. El aire comprimido cada vez mas en los compartimientos, encontrando una salida, se escapa, desalojado por el agua que la bomba no cesa de introducir en ellos, y viene á rechazar á su vez el agua del piso bajo, el cual se halla así, en el momento en que el puente se ha llenado de agua, lleno él mismo con el aire que se hallaba en el puente. Se detiene la bomba, se cierran las llaves. Se abre el pozo y los operarios descienden para trabajar. Se fija una cabria en el pozo para levantar ó ensacar los materiales. Terminada la obra, los hombres dejan la cala y suben al segundo piso. Vuélvese á cerrar el pozo. Pónese en movimiento con la cala el tubo de aspiración de la bomba, en donde va á aspirar el

aire, para impelerle ahora á los compartimientos del puente. El agua abandona estos y corre por la llave exterior de la galería. El hidrostático recobra su lijereza y sale á la superficie del mar. La tripulación puede subir entonces al puente abriendo una escotilla, y, por medio de la cabria, de cables y de boyas, conduce el aparato al lugar del desembarco. La construcción del hidrostático presenta todas las garantías de solidez, sin dejar de conservar por esto una lijereza bastante grande para su fácil manejo. Las puertas que dan acceso al interior y que hacen comunicar un compartimiento con otro se hallan perfectamente ajustadas y resastañadas. En lo esmerado de estos detalles residen todas las garantías de seguridad para los operarios, á los cuales la gran capacidad del aparato permite trabajar varias horas bajo el agua, sin ser incomodados por la falta de aire. Gracias á esta invención, el canal del puerto de Fécamp se hallará prontamente desembarazado de los guijarros que estorban su paso, y los buques

de mucha cala podrán, como en el pasado, entrar en esta segura ensenada, una de las mejores de las costas de la Normandía.

Este aparato del doctor Payerne merece á su autor el reconocimiento de los operarios encargados de ejecutar las obras submarinas, por la seguridad que él las garantiza, y la gratitud de los ingenieros, quienes encontrarán en el hidrostático, para las grandes empresas hidráulicas que se ejecutan en nuestros días, un poderoso auxiliar contra las corrientes que tienen que combatir.

A. GANDON.



El hidrostático de M. Payerne, destinado á ahondar el canal de Fécamp.

hace comunicar la galería con el exterior.

El segundo piso ú entrepuente no tiene mas de cinco metros de alto en vez de ocho. Seis ú ocho ayudantes permanecen en él durante el trabajo y se hallan encargados de estivar allí las materias estraidas, ó de enviar á la cala los materiales destinados á la construcción. Un pozo cuadrado de un metro y veinte centímetros, que atraviesa el puente en toda su altura, sirve de paso del segundo piso á la cala. En el entrepuente se halla colocada una bomba de dos cuerpos, aspirante é impelente, cuyo tubo de aspiración desemboca en el exterior del hidrostático y el tubo impelente en la galería que comunica con los cuatro compartimientos del puente.

Cuando se quiere bajar al fondo del agua, la tripulación se encierra en el entrepuente. La puerta del pozo que desciende á la cala se cierra herméticamente. En aquel momento, el puente se halla lleno de aire, así como el segundo piso: la cala sola está llena de agua. Abrense las cuatro llaves de los compartimientos que comunican con la galería. Pónese en movimiento la bomba. El agua exterior, aspirada por ésta, invade la galería y es impelida por las cuatro llaves ó espitas

aire, para impelerle ahora á los compartimientos del puente.

El agua abandona estos y corre por la llave exterior de la galería.

El hidrostático recobra su lijereza y sale á la superficie del mar.

La tripulación puede subir entonces al puente abriendo una escotilla, y, por medio de la cabria, de cables y de boyas, conduce el aparato al lugar del desembarco.

La construcción del hidrostático presenta todas las garantías de solidez, sin dejar de conservar por esto una lijereza bastante grande para su fácil manejo. Las puertas que dan acceso al interior y que hacen comunicar un compartimiento con otro se hallan perfectamente ajustadas y resastañadas. En lo esmerado de estos detalles residen todas las garantías de seguridad para los operarios, á los cuales la gran capacidad del aparato permite trabajar varias horas bajo el agua, sin ser incomodados por la falta de aire.

Gracias á esta invención, el canal del puerto de Fécamp se hallará prontamente desembarazado de los guijarros que estorban su paso, y los buques

#### CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|                             |                                |
|-----------------------------|--------------------------------|
| AREQUIPA . . . . .          | D. Manuel G. de Castresana.    |
| ARICA . . . . .             | Sres. Calmann y Riobó.         |
| BOGOTÁ . . . . .            | D. Rafael Mogollon y Guzman.   |
| BUENOS-AIRES . . . . .      | D. Federico Real y Prado.      |
| CARÁCAS . . . . .           | Sres. Frias, hermanos.         |
| CARTAGENA . . . . .         | Sres. Rojas, hermanos.         |
| COBIZA . . . . .            | D. Joaquín F. Velez.           |
| COLON . . . . .             | Sres. L. Durandean y Compañía. |
| GUATEMALA . . . . .         | D. Joaquín B. Donalísio.       |
| GUAYAQUIL . . . . .         | D. Pablo Blanco.               |
| GUAYAMA . . . . .           | D. Luis Abadie.                |
| HABANA . . . . .            | D. Narciso Daussá.             |
| LA PAZ . . . . .            | Sres. Charlain y Fernandez.    |
| LIMA . . . . .              | D. José Herrero.               |
| MÉJICO . . . . .            | D. Benito Gil.                 |
| MENDOZA . . . . .           | P. Bailly.                     |
| MONTEVIDEO . . . . .        | Sres. José Macías é hijo.      |
| PANAMÁ . . . . .            | Sres. Maillefert y Comp.       |
| PUERTO RICO . . . . .       | D. F. Civit.                   |
| ROSARIO . . . . .           | D. Teodoro Reissig.            |
| SAN FRANCISCO . . . . .     | D. Federico Real y Prado.      |
| STA. MARTA . . . . .        | D. José M. Aleman.             |
| SANTIAGO DE CHILE . . . . . | D. José M. Sanchez Enriquez.   |
| SAN TOMAS . . . . .         | D. Ignacio Guasp.              |
| TACNA . . . . .             | Federico Reissig.              |
| TAMPICO . . . . .           | M. Biesta.                     |
| VALPARAISO . . . . .        | D. José A. Barros y Comp.      |
| VERACRUZ . . . . .          | D. Pedro Yuste y Comp.         |
|                             | Librería agencia del Mercurio. |
|                             | D. Ramon Morel.                |
|                             | D. Luis Guasp.                 |
|                             | D. Clemente Bartibas.          |
|                             | D. A. Gutierrez y Victori.     |
|                             | D. Santos Tornero y Compañía.  |
|                             | D. Nicasio Ezquerria.          |
|                             | D. José Perez Anguita.         |
|                             | D. Juan Carredano.             |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle, A. Bourdilliat, 15, rue Breda.